

Lou Carrigan

UN HOMBRE LLAMADO SAMURAI

Phileas Maxwells es un canalla de envergadura, un delincuente mundial a gran escala. Tiene negocios basados en la estafa, la expoliación, el asesinato y todo de cuanto de malo pueda haber. La policía no puede con él, unas veces porque sus recursos «legales» lo sacan del apuro, otras porque tiene comprada a la policía. Sujetos como él, abundan en el mundo y viven como reyes toda su vida. Cierto día, recibe la visita de un singular personaje, que le realiza una apuesta muy especial: «Cinco millones de dólares y mí vida, contra todo su dinero y su vida». Lo que parece una simple broma, va interesando a Maxwells a medida que dicho personaje va explicando la apuesta…



Lou Carrigan

Un hombre llamado Samurái

Bolsilibros - La huella - 28

ePub r1.0

LDS 01.11.17

Título original: *Un hombre llamado Samurái*
Lou Carrigan, 1990
Colección LA HUELLA n.º 28. Bruguera – 5/1975
Colección SERVICIO SECRETO n.º 1615. Bruguera – 1981
Colección PUNTO ROJO n.º 1. Ediciones B – 1990
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




COLECCION
LA HUELLA
eb

CAPÍTULO PRIMERO

Era una hermosa casa rodeada de un precioso jardín, en el que había una caprichosa piscina y una pista de tenis. Estaba sita en Kalakaua Avenue, Honolulú, en la isla Ohau de las Hawái. Lucía un hermoso sol, y las flores, en especial los hibiscos, ponían una nota de color vivo y alegre.

Había paz y silencio. Muy cerca, el mar azul, como rayado por las largas y espumosas olas, sobre las cuales, mirando con prismáticos, se hubiese podido ver a muchas personas practicando el *surfing* en la famosísima playa de Waikiki.

Un resplandeciente, luminoso, bello día.

En el interior de la casa, en, un gran salón, había una larga mesa muy brillante. A cada lado de la mesa habían sentados cuatro hombres. En la cabecera, otro hombre, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Y todavía había dos hombres más, ante la ventana y también de pie, mirando distraídamente hacia el maravilloso exterior.

De los doce hombres, el más notable era el que presidía la reunión. Era muy alto, de hombros anchos, cabeza grande y completamente calva, quemada por el sol y salpicada de pecas oscuras. Sus facciones eran grandes y toscas, con un gesto de dureza en los gruesos labios. En contraste con todo él, que era ancho, alto, grande, su nariz era pequeña, afilada, algo ganchuda. Desde la nariz al labio superior; una fea cicatriz rojiza hendía la carne… En resumen, aquel hombre, Phileas Duggan Maxwells, resultaba no poco sobrecogedor, inquietante, incluso amedrentador. Sus manos grandes, rojas, y velludas como zarpas, parecían capaces de destrozar cualquier cosa que cayese entre ellas.

Este hombre, Phileas Duggan Maxwells, era el que estaba

hablando en aquel momento:

—… Así que, considerando el volumen que están tomando nuestros negocios, he decidido que estas reuniones se celebren trimestralmente, en lugar de semestralmente. También habrá que contratar nuevos elementos adecuados a…

Phileas Maxwells se calló, y miró con gesto hostil hacia la puerta del salón, que se había abierto silenciosamente. La fría mirada de sus ojos verdes pareció atrapar a la bella muchacha rubia que acababa de entrar, y que le miraba como esperando autorización para acercarse.

—Dorothy —dijo secamente Maxwells—, le dije que no quería ser interrumpido por nada del mundo. ¿Ocurre algo que no sea de este mundo?

—Por lo menos, no es nada corriente, señor Maxwells —dijo la muchacha, con voz tensa, inquieta—. ¿Puedo decírselo ahora?

—Está bien.

Dorothy se acercó a Phileas Maxwells, se inclinó hacia él, y comenzó a susurrarle junto al oído. A medida que ella hablaba, la expresión de Maxwells iba cambiando. Primero de irritación, luego de desconcierto, finalmente de asombro.

—¿Es una broma? —Gruñó.

—No, señor Maxwells… Yo no lo creo.

—Dígale que pase ahora mismo.

—Sí, señor.

Dorothy se dirigió hacia la puerta, mientras Maxwells comenzaba a sonreír, con clara sorna. Dirigió un rápido vistazo circular que abarcó a los ocho hombres sentados con él a la mesa.

—Señores —sonrió—: voy a recibir a un hombre que viene a proponerme un negocio en el que puedo ganar cinco millones de dólares en ocho o diez días. ¿Les parece que hago bien en recibirlo ahora mismo?

La respuesta la obtuvo en forma de exclamaciones y de asentimientos. Luego, todas las miradas fueron hacia la puerta del salón. ¿Cinco millones de dólares en menos de dos semanas? Ciertamente, valía la pena conocer al hombre que iba a hacer semejante oferta…

El hombre apareció.

Y por un instante, todas las respiraciones quedaron en suspenso.

Fue igual que si hubiesen sido cortadas, del mismo modo que puede ser apagada una bombilla. En ese corto espacio tuvieron la impresión de que allí, al salón, acababa de entrar un tigre. Fue una sensación como un terrible impacto, pese a que aquel hombre no podía haber adoptado una actitud más serena y tranquila, para presentarse. Llevaba un portafolios.

—Buenos días —saludó, con voz profunda y clara.

Comoquiera que los tigres no hablan, el instante de tensión terminó. Phileas Maxwells hizo una seña al hombre que estaba de pie junto a la puerta, y éste se acercó al recién llegado, que sin recibir indicación alguna separó los brazos del cuerpo, sometiéndose al cacheo. Cuando éste terminó, el guardaespaldas de Phileas Maxwells miró a su jefe, y movió negativamente la cabeza. No había armas.

Mientras tanto, Maxwells había estado mirando con gran atención al reposado personaje. Podía tener treinta años. Su estatura no alcanzaba el metro ochenta, y sus hombros eran anchos, bien desarrollados; el desarrollo armónico que sólo se consigue practicando el atletismo desde la infancia.

Vestía pantalones claros, una deportiva chaqueta a cuadros oscuros, y un jersey negro, de hilo. Hasta aquí, ciertamente, no parecía nada del otro mundo.

Sin embargo, había que tener en cuenta su cabeza, de líneas firmes y correctas, en la que destacaban de modo especial la línea de la boca y los ojos. La boca era fina y dura. Los ojos, negros y de párpados alargados, parecían poder abarcar el mundo de una sola mirada. La barbilla era firme como una roca. Sus cabellos, lacios y peinados con raya a un lado, quizá un tanto largos, eran del color del bronce… Como todo él, en realidad, pues sólo verlo se comprendía que se pasaba la mayor parte de la vida al sol, al aire libre.

Y finalmente, estaban sus manos, bien proporcionadas, oscuras del sol, de dedos largos y fuertes como si, en verdad, estuviesen hechos de bronce.

—¿Quién es usted? —preguntó Maxwells.

El recién llegado alzó su mano izquierda, con la que sostenía el portafolios.

—Tengo aquí algo que debo mostrarle —dijo, con una voz tan

sosegada que resultaba increíble—. Para su tranquilidad, sugiero que su empleado examine el portafolios.

Maxwells asintió con la cabeza.

—Hazlo, Krask —dijo.

El guardaespaldas tomó el portafolios, lo abrió, y lo examinó. Miró a Maxwells.

—Sólo hay papeles —dijo.

—Devuélveselo.

El recién llegado recuperó el portafolios, y se acercó a la mesa, al extremo opuesto al que ocupaba Maxwells.

—¿Puedo sentarme?

Maxwells hizo una seña, y uno de los guardaespaldas que estaba cerca de la ventana acercó una silla, que el desconocido ocupó, musitando un «gracias». Luego, abrió el portafolios, y sacó dos fundas de plástico transparente, con papeles dentro. Parecían documentos importantes, a juzgar por la parsimonia y cuidado con que el desconocido los puso sobre la mesa. Dejó el portafolios a un lado, y, con gesto ostensible, colocó ambas manos sobre la mesa, con los dedos separados.

—Señor Maxwells —dijo, con su sedante voz—, en realidad, he venido a proponerle una apuesta.

—¿Qué apuesta? —Frunció el ceño Maxwells.

—Cinco millones de dólares y mi vida, contra todo su dinero y su vida.

Nadie comprendió, de momento. Se hizo un silencio denso, de incomprensión, de desconcierto, hasta que Maxwells susurró:

—¿Qué dice?

—Me he propuesto matarlo a usted, pero de un modo simple, lo cual ya podría haber hecho con toda facilidad. Además de su, vida, quiero todo su dinero… Se dice que tiene usted unos doce millones de dólares. Yo quiero ese dinero. Y su vida, sobre todo, Maxwells hizo un secó gesto dirigido a sus guardaespaldas, que habían llevado la mano al sobaco, en busca de sus pistolas. Su mirada parecía querer taladrar al desconocido, pero, esta vez, tenía ante él unos ojos que parecían capaces de resistir incluso el fuego.

—¿Está usted loco? —Brotó su voz un poco chillona.

—No. ¿Me permite explicarle los detalles de la apuesta?

—Claro que no… ¡Salga de aquí ahora mismo, o voy a ordenar a

mis hombres que le maten!

El desconocido parpadeó. Luego, miró apaciblemente a los tres guardaespaldas, uno a uno, como valorándolos. Volvió a mirar a Maxwells, y, sin decir palabra, comenzó a recoger las carpetas de plásticos, para guardarlas en el portafolios. Se puso en pie…

—Espere —brotó de nuevo aguda la voz de Maxwells—. Está bien, quiero conocer esa apuesta.

El desconocido asintió, se sentó, y volvió a sacar los documentos del portafolios. De nuevo puso las manos sobre la mesa.

—Mi propuesta es la siguiente: si usted o sus hombres me matan a mí, usted heredará toda mi fortuna, calculada en cinco millones de dólares. Tengo aquí —puso una mano sobre una de las carpetas— todos los documentos necesarios para convencerle de que no miento. Pero, claro está, usted puede cerciorarse por sus propios medios respecto a la veracidad de mis palabras.

—Las doy por buenas. ¿Qué más?

—En ésta otra carpeta hay un testamento ya redactado convenientemente en el que usted me cede todos sus bienes a mí si fallece antes de quince días, sea cual sea la causa de su muerte. Sólo tiene que firmarlo usted y algunos de sus empleados, como testigos. Lo demás está previsto y preparado en consecuencia: Una vez haya firmado usted, cambiaremos los documentos: usted se queda con mi testamento, y yo con el suyo. El que sobreviva, cobra la herencia del otro… Queda bien entendido que hay una cláusula en ambos testamentos en la que se indica que no podrán ser cambiados antes de quince días. Es decir, que si usted o yo hiciésemos otro testamento anulando el presente, no sería válido. Ambos testamentos dejarán de tener efecto dentro de quince días, fecha en la que uno de los dos habrá muerto. El otro, se queda con todo…, incluida su vida. Y claro está, como después de muerto nadie puede hacer testamento, éstos serán válidos. ¿Me he explicado bastante bien, señor Maxwells?

—Sí.

—¿Acepta, entonces?

—¿De verdad no está usted loco? —insistió Maxwells.

—En absoluto.

—¿Por qué quiere matarme?

—Porque según mis informes, usted no merece vivir.

De nuevo aquel denso silencio. Todas las miradas estaban fijas en el desconocido, cuyo sosiego comenzaba a producir en los presentes el efecto contrario, esto es, llenarlos de inquietud, porque aquel hombre hablaba como si nada en el mundo pudiese variar sus proyectos.

—¿Y cómo piensa matarme? —sonrió torcidamente Maxwells.

—No lo sé. Tengo entendido que desde aquí, usted se retirará a descansar un par de semanas a su chalet cerca de Estocolmo… ¿Es correcta mi información?

—Sí.

—Muy bien. Antes de qué terminen sus vacaciones, yo lo habré matado. Naturalmente —movió una mano—, usted está en su derecho de evitar esto por los medios que crea oportunos.

—¿Por ejemplo?

El desconocido le miró con cierta sorpresa.

—No lo sé, señor Maxwells… Sus medios los conoce usted, no yo. Yo conozco los míos. Y a ellos recurriré para matarlo.

—Esto puede ser relativamente fácil —murmuró Maxwells—. Usted puede, simplemente, esperar a que yo esté en mi chalet de Suecia, y hacer una pasada con un avión o un helicóptero y dejar caer una bomba o algo parecido.

—No, no, de ninguna manera. Yo jamás utilizo armas de fuego, señor Maxwells. Por otra parte, durante quince días, usted puede matarme a mí.

—¿Sí? Eso será si le tengo a mi alcance, porque si usted se esconde hasta el momento oportuno…

—Por supuesto que no. En mi carpeta encontrará usted explicada toda mi ruta hasta llegar a Suecia, a Estocolmo concretamente. Saldré de Honolulú hacia Los Ángeles. De allí, a Acapulco. Luego, ciudad de México; Miami, Nueva York, París…, y Estocolmo. Incluso he anotado los medios de transportes que voy a utilizar, y sus horarios y fechas, naturalmente.

—¿Quiere decir que durante quince días usted va a estar viajando hacia mí…; expuesto a que en cualquier lugar de ese trayecto yo pueda enviar a alguien que le mate a usted?

—Exactamente. Ya le digo que se lo he anotado todo: viajes, hoteles, fechas, horarios… Usted puede saber en todo momento dónde estoy yo…, viajando hacia usted, hacia Suecia.

—¿Y si usted muere antes de llegar a mí…, yo me quedo con sus cinco millones de dólares?

—Así es.

—Entonces…, yo puedo sembrarle a usted el camino de hombres dispuestos a matarle, y esperar tranquilamente en mi chalet cerca de Estocolmo la noticia de su muerte… y de mi herencia.

—En efecto. Pero si llego allí, le mataré.

—¿Y si usted consiguiese llegar…, pero yo no estuviese allí?

—No importaría, señor Maxwells. La apuesta económica habría terminado, pero yo le encontraría a usted, y le mataría. Y para entonces, usted ya no sabría mi paradero, ni dónde podría esperarle o atacarle.

—Ya… ¿Y si yo le matase a usted ahora mismo?

—Está en su derecho. Pero antes, le sugiero que firme su testamento, y yo firmaré el mío. De otro modo, usted no ganaría gran cosa.

—Si no hay presente un notario, esas firmas no son válidas.

—Tengo un amigo notario que ha solucionado eso. Le aseguro que si los dos firmamos, los documentos quedarán correctos y legales. Lo he previsto todo.

—Entonces, si firmamos, ya seré su heredero.

—Sí, evidentemente. Y yo heredero de usted.

Phileas Maxwells se pasó una mano por la boca, fija su mirada, con expresión maligna, en el desconocido. Y de nuevo aquel denso silencio de asombro, de incredulidad. Los demás eran allí simples comparsas.

De pronto, Maxwells señaló las dos carpetas de plástico y miró a uno de los hombres sentados a su derecha.

—Jarret, examina esos documentos y dime si son legales en todos los puntos mencionados por este hombre.

—Pero, señor Maxwells, esto es una loc…

—¡Haz lo que te digo!

—Bien… Esto me va a llevar por lo menos dos horas…

Maxwells miró al desconocido.

—¿Tiene usted prisa?

—En absoluto. No tengo nada mejor que hacer en la vida que poner en marcha este asunto.

—De acuerdo. Empieza, Jarret… ¿Quiere fumar?

—No fumo —negó el desconocido.

—¿Un trago? Es la hora del aperit…

—No bebo nunca nada que no sea agua.

—De acuerdo —miró Maxwells a Jarret—. ¿Qué estás esperando?

—Nada… Nada, señor Maxwells.

Y el abogado Jarret tomó las dos carpetas.

Ciento veinticuatro minutos más tarde, Jarret recogió los últimos documentos, y miró a Phileas Maxwells.

—Todo es como él ha dicho —musitó.

—¿Y tiene cinco millones de dólares?

—Según parece, sí. Pero convendría comprobarlo.

—Eso quiere decir que no es interesante matarlo ahora mismo.

—Atendiendo a la parte económica del asunto, no.

—Muy bien. Vamos a firmar los dos. Pásame mi carpeta.

—Señor Maxwells, yo insisto en que…

—Lo voy a hacer, Jarret —la mirada de Maxwells se entornó perversamente—. A mí nadie me ha desafiado jamás y ha vivido para contarlo. Pásame la carpeta. Firmaremos, que él se vaya, y antes de iniciar la… operación, nos aseguraremos de que no es un chiflado que no tiene un centavo. ¿Podrás hacer eso?

—Sí, desde luego.

—La carpeta.

Jarret deslizó una de las carpetas por encima de la brillante mesa, hacia Maxwells, y acercó la otra al desconocido, que procedió a firmar, siempre calmosamente. Durante aquellas dos horas y cuatro minutos, todos habían fumado, bebido, paseado por el salón, y algunos hasta habían consumido bocadillos, pues la hora del almuerzo había ido quedando atrás. El desconocido, no. Simplemente, había permanecido sentado con las manos sobre la mesa, cómo una estatua… O como quien siente deslizarse la vida por su cuerpo, gozando de este simple pensamiento: estoy viviendo.

Las firmas fueron estampadas, las carpetas repartidas. El desconocido guardó en el portafolios la que contenía el testamento de Maxwells a su favor, y se puso en pie.

—Tal como consta en la documentación presentada —dijo con su armoniosa voz—, mañana saldré de Honolulú hacia Los Ángeles. Hasta la vista; señor Maxwells.

—Lo dudo. Usted ya no volverá a verme a mí… Al menos, en este mundo. Y yo no creo que haya otro.

—Cada cual es dueño de sus creencias. Hasta la vista.

Se dirigió hacia la puerta. Krask la abrió, mirando con cierta aprensión a aquel hombre que, aunque en completo reposo, seguía pareciéndole un tigre.

—Un momento —pidió Maxwells—. ¿Cuál es su nombre?

El desconocido le miró, con evidente sorpresa en sus ojos negrísimos.

—Todos los detalles sobre mi persona constan en la documentación que obra ya en su poder, señor Maxwells. Sólo tiene que interesarse por ella. De todos modos, ustedes pueden llamarme, simplemente, Samurái.

CAPÍTULO II

A las seis de la mañana siguiente, el hombre llamado Samurái saltó de su lecho en un lujoso hotel de Waikiki, cuando el sol se posó sobre él, penetrando por la abierta ventana.

Había dormido completamente desnudo, y asimismo inició sus ejercicios de aquel día.

Primero, se sentó en el piso, en postura zazen, esto es, sobre su piernas dobladas. En esta postura permaneció inmóvil no menos de diez minutos, con los ojos cerrados, las manos sobre las rodillas, el cuerpo descansando erguido sobre los pies, la cabeza caída sobre el pecho, completamente relajado.

Luego, ya en pie, efectuó dos *kata* de karate. Primero, la Hangetsu, de estilo shorei, basada en movimientos un tanto lentos, en los que predominan la fuerza, la contracción muscular. Después, la kanku, de estilo shrirt, de técnicas de desplazamientos y ataque velocísimos. Sus brazos y piernas cortaban el aire con seco chasquido a cada movimiento imposible de seguir con la vista.

Cuando terminó la kanku, estaba completamente cubierto de sudor. Se metió en la ducha, y permaneció cinco minutos inmóvil bajo la caliente lluvia. Terminó con una ducha tibia, que fue enfriando gradualmente, hasta llegar a la temperatura natural ambiente del agua.

Se afeitó, se peinó, se vistió, y preparó su equipaje, que consistía en una sola maleta y un maletín que contenía los útiles de aseo normales en un hombre. Finalmente, salió a la terraza, se sentó en una butaca de mimbre, y fijó su mirada en el mar, muy cercano, lleno de espuma que parecía de color rosa. Su respiración era lenta, pausada, poderosa, rítmica. No había altibajos, ni diferencias de tono.

Si alguien se hubiese sentado junto a él, pero sin verlo, aquella respiración, lenta y fresca, le habría parecido proveniente de un felino en apacible reposo. En aquellos momentos, el hombre llamado Samurái era, en suma, la imagen del poder en reposo. Antes, había sido como un rayo en acción.

Después, el reposo absoluto de un extraordinario poder que no se veía, pero que se intuía, se percibía, de un modo sutil, sorprendente, por inmóviles qué estuviesen aquellos músculos de acero.

Casi una hora más tarde, el hombre llamado Samurái se puso en pie, entró en la *suite*, y fue hacia el teléfono, cuyo auricular descolgó.

—¿Tiene preparada mi cuenta, como pedí anoche?

—Bien. Por favor, envíen a alguien a por mi equipaje y pídame un taxi.

—Gracias.

Diez minutos más tarde, Samurái abandonaba el hotel en un taxi, a cuyo conductor indicó que le llevase al Honolulú International Airport, mientras el botones que había bajado su equipaje, de pie junto al coche, se preguntaba qué demonios podía llevar en la maleta el impresionante cliente para que pesase tanto. De todos modos, la propina era inobjetable.

El taxi salió del estacionamiento del hotel, y poco después enfilaba Kalakaua Avenue, para, muy pronto, desviarse por Ala Moana. Acomodado en el asiento de atrás con aquella sorprendente placidez, Samurái divisó pronto la «Aloha Tower», en el centro de Honolulú Harbour, en el pequeño parque, que fue bordeado por el taxi, para tomar seguidamente por Nimitz Highway…

Otro hermoso día. En cualquier momento podía desencadenarse uno de los clásicos diluvios cálidos, pero, por el momento, lucía el sol, que convertía el mar en una enorme gema de color azul, de color verde, de color blanco rezumante.

A las nueve menos diez de la soleada mañana, Samurái llegaba al aeropuerto… En diez minutos, concretó su vuelo y facturó su maleta, quedándose solo con el maletín. A partir de ese momento, sólo tenía que esperar el anuncio del vuelo a Los Ángeles, que estaba fijado para las nueve y media.

Y mientras esperaba, sentado en una butaca, Samurái iba

mirando alrededor, con expresión tranquila, inalterable, reposando sus manos de bronce sobre el maletín, que había colocado en sus rodillas. No parecía que hubiese nada que llamase su atención de modo especial.

Hasta que, finalmente, pasó la agitada muchacha que corría detrás del empleado que portaba sus tres maletas. De un solo vistazo. Samurái terminó el examen: era una preciosidad de cabellos rubios y ojos oscuros, elegante, de cuerpo bellísimo y piernas sensacionales, que corría, sofocada por la prisa, detrás del empleado del aeropuerto. Eso era todo, y Samurái desvió la mirada, impávido…

Tres segundos después, volvió a mirar hacia donde había visto a la muchacha.

Entonces, pudo ver bien sus grandísimos ojos brillantes y hermosísimos, porque ella seguía allí, como clavada al suelo, mirándole boquiabierta, pasmada. Tenía la boquita de un suave color sonrosado, y los dientes muy blancos. Lo miraba a él, desde luego, y parecía la persona más atónita del mundo, fascinada hasta la hipnosis.

Samurái alzó las cejas en un gesto discretamente interrogante. Entonces, la muchacha parpadeó, se mordió los labios, y miró a todos lados, sobresaltada. Localizó al empleado, echó a correr tras él, volviendo la cabeza, como queriendo mostrar a Samurái la grandiosidad de sus bellísimos ojos que parecían de terciopelo.

Fija su mirada en la muchacha, Samurái parpadeó una sola vez. Luego, se dedicó de nuevo a mirar a su alrededor…, hasta que la muchacha regresó, al parecer un poco más tranquila: ya sabía que no iba a perder el avión.

Samurái la vio acercarse, y se quedó mirándola, siempre impávido, inexpresivo. Ella se detuvo, miró a los lados, y eligió una butaca que estaba encarada hacia él. Se sentó allí, puso las manos en el regazo tras dejar su maletín en el suelo, y se quedó mirándolo, con una fijeza extraordinaria.

De nuevo alzó Samurái las cejas, en gesto interrogante. La muchacha bajó los párpados, y, al parecer, se quedó mirando sus zapatitos de altísimo tacón cuadrado.

Pero, por supuesto, a Samurái no le pasó desapercibido que, aun teniendo la cabeza baja, ella le miraba, con infantil disimulo.

El siguiente anuncio impartido por los altavoces mereció el interés de Samurái. Se puso en pie, y se dirigió hacia la salida de la sala de espera. Al llegar allí, por el reflejo en uno de los grandes cristales, vio a la muchacha, casi corriendo tras él. Samurái apretó los labios un instante, y eso fue todo.

Poco después, estaba en su asiento del avión cuyo destino era Los Ángeles. Sabía que ya la muchacha iba a tomar el mismo avión, así que, cuando notó que alguien se sentaba a su lado, miró con su habitual sosiego, al compañero de viaje. Por supuesto, era la muchacha de los ojos de terciopelo. De nuevo estaba un poco sofocada, y cuando él la miró, sus labios temblaron en una sonrisa. Samurái desvió un instante la mirada hacia el escote que se abría en la blusa de la muchacha, y vio parte de la delicada forma, el tono dorado de sol de la finísima piel. Volvió a mirar los ojos de terciopelo, y la boca de color rosa, fresca, tierna…

Samurái volvió la cabeza, y se dedicó admirar por la ventanilla.

La puerta del avión fue cerrada, se impartieron instrucciones por el altavoz… Samurái se abrochó el cinturón, mirando de reojo las bellísimas manos de la muchacha, a su derecha… Parecían delicadas flores maravillosas. Una caricia de aquellas manos debía ser algo digno de ser escrito en piedra.

El avión despegó. Eran las nueve y treinta de la mañana.

Los cinturones fueron desabrochados, apareció la autorización para fumar, la voz amable les dio las gracias, les informó de las características del vuelo:

—¿Qui-qui-quiere un… un cigarrillo?

Samurái miró a la muchacha, amablemente.

—No, gracias. No fumo.

—¡Oh! Bu… bueno, si… si le molesta que… que yo…

—De ninguna manera. He aprendido a soportarlo.

—Ah… Sí, claro —la muchacha encendió su cigarrillo, y miró a Samurái a través del humo—. No es corriente encontrar hombres que no fumen.

—No, no es corriente.

—Supongo… supongo que usted tiene muy buenos motivos para no fumar.

—Desde luego: es una estupidez.

—¿Es… es una…?

—Estupidez.

La muchacha se quedó mirando los impenetrables ojos de Samurái. Luego, miró el cigarrillo, vaciló…, y luego lo metió en el cenicero. Sonrió graciosamente a Samurái, qué no correspondió en absoluto, y esto la dejó un poco cortada. Miró hacia el mar, miró a los pasajeros más cercanos…

Cruzó las manos sobre el pecho, se acomodó mejor en el asiento, y se quedó con la mirada perdida en el respaldo del de delante.

Diez minutos más tarde, miró a Samurái, y dijo:

—Yo me llamo Claudine… Claudine Duvalier. Soy francesa.

—Ya lo he notado.

—¿Se nota mi acento francés?

—Naturalmente.

—Sí, claro… Claro que sí, señor…, señor…

Un destello irónico pasó fugaz como una estrella errante por los ojos de él.

—Samurái.

—¿Qué…?

—Me llamo Samurái. ¿No lo sabía?

La muchacha quedó atónita.

—No, señor… Claro que no. ¿Samurái?

—Samurái —asintió plácidamente éste.

—Es un nombre… extraño. Parece… parece…

—Japonés.

—¡Pero usted no es japonés!

—No.

—Pu… pues tiene… un nombre extraño…

—En realidad, Samurái no es un nombre personal. ¿Usted no sabe lo que es un samurai?

—Bueno, sí… He oído ese nombre algunas veces, pero…

—Un samurai es un guerrero japonés. Un guerrero especial, si me permite la expresión. Está capacitado para cualquier actividad guerrera, considerando su gran valor, su habilidad con las armas, su inteligencia y su astucia. Generalmente, proceden de familias nobles, y, también generalmente, están considerados como invencibles… Hace muchos años, los samurai se contrataban al servicio de los grandes nobles, los daimio, y estaban muy bien considerados. Una docena de samurai, por ejemplo, estaban

capacitados para vencer a todo un ejército enemigo de su daimio. Y un solo samurai era el peor enemigo que cualquier persona o grupo pudiera buscar. En definitiva, hacía falta estar loco para enfrentarse a un samurai. Otra cosa característica en ellos era que siempre conseguían lo que se proponían, por muchos obstáculos que encontrasen en su camino.

—Es… es muy interesante. Pero usted no es un samurai sino que… que… que se llama así, Samurái…

¿No es eso?

—No. No es eso.

—¿Quiere… qui… quiere decir que… que es un… samurai?

—Sí.

—¡Oh, Dios mío! ¡No es posible!

—¿Por qué no?

—Pu… pues, no sé… ¿De verdad?

—De verdad —casi sonrió Samurái.

La muchacha estaba atónita, de nuevo. Miró las manos de Samurái, sus hombros, el cuello seco y fibroso, la línea de la boca y la barbilla, los ojos…

—La… la verdad es que sí parece usted un hombre… muy especial, señor Samurái.

—Supongo que debo darle las gracias.

—Parece… tan fuerte, tan seguro de sí mismo… Y al mismo tiempo, tan tranquilo, tan reposado,…

¡Se está bien a su lado!

—Es usted muy amable, señorita Duvalier. Ateniéndose a esto, no tengo inconveniente en decirle que usted me parece a mí una muchacha deliciosa y encantadora, tan bonita como nunca he visto otra.

—¡Oh! —Se sonrojó de placer Claudine Duvalier—. ¡Oh, usted sí que es amable, señor Samurái!

—Soy justo, nada más.

—¿De verdad le parezco bonita, y… y deliciosa… y encantadora?

—Por supuesto que sí. ¿Acaso usted no sabía que es encantadora?

—Bueno —rió Claudine—. La verdad es que me lo han dicho tantas veces que… ¡Pero nunca de un modo tan agradable como me

lo ha dicho usted!

—Celebro haber podido proporcionarle un placer inédito, ya que tan feliz la hace.

—Es… es usted muy agradable, señor Samurái… Pero antes, en la sala de espera… Bueno, me miraba de un modo… Pero no… Bien mirado, no era hostil, su expresión. Era solo… expectante, ¿verdad?

Como la del tigre que contempla a un visitante y no sabe a qué atenerse.

—Tiene usted un modo muy peculiar de explicar las cosas. En cuanto a mí, no veo qué parecido pueda tener con un tigre.

—Oh, pues…

—¿Sí?

—Me parece que… que no sabría explicarle eso. ¿Viaja usted por negocios, señor Samurái?

Una prieta sonrisa pasó por los labios de Samurái.

—Yo diría que sí —aceptó.

—¿Y… y piensa estar mucho tiempo en Los Ángeles?

—No. En realidad, es sólo una escala. Resolveré allí un par de asuntos y luego seguiré viaje.

—¿Hacia dónde?

—Mi destino es Estocolmo, pero pasando por Los Ángeles, Acapulco, Ciudad de México, Miami, Nueva York y París.

—¡Yo voy a París! —exclamó gozosamente Claudine.

—Admirable. Pero seguramente, no va a seguir mi misma ruta. Lo cual es lamentable.

—Sí… ¿Y qué… qué ruta exacta piensa seguir usted?

La expresión de Samurái era ya como la de un felino mayor divertido por las travesuras de un macaco.

—¿Quiere que se la apunte? —ofreció—. De este modo, quizá podríamos coincidir en algún trayecto parcial.

—Me… me gustaría mucho —los ojos de Claudine parecían llenos de luz—. Sí, me gustaría mucho.

—Si tuviese usted papel y pluma o bolígrafo.

—Oh, sí… ¡Sí tengo!

La muchacha abrió su maletín, y sacó una libreta de cantos dorados, en cuyo lomo había un pequeño bolígrafo de oro. La tendió a Samurái, y éste la abrió, retiró el bolígrafo de su estuche en el lomo, y con toda parsimonia comenzó a escribir, detallando su

ruta, fechas, horarios, medios de transporte…

Todo. Cuando terminó pareció que las hojas escapasen de sus dedos, de modo que quedó visible la primera, en la cual, con rápido vistazo alcanzó a leer el nombre y la dirección escritos:

> Claudine Duvalier-231, Rue St. Honoré — París 8éme

Devolvió la libreta, diciendo:

—Espero que con estos datos, tenga usted suficiente, señorita Duvalier. Aunque no me parece factible un próximo encuentro, ya que usted debe viajar hacia París lo más rápidamente posible, esto es, en línea recta…, más o menos. Es de suponer que desde Los Ángeles tomará otro avión hasta Nueva York, así que no tiene necesidad alguna de realizar tantas etapas como yo.

—Pues…

—A menos, claro está, que usted también viaje por negocios y esas etapas puedan reportarle beneficios… ¿Viaja por negocios?

—Ya no.

—¿Ya no?

—Los he terminado… Bueno, en realidad no eran negocios. Un tío mío que vivía en Papetee, en Tahití, ha fallecido, y me ha nombrado su heredera…

Samurái la miró con sorpresa evidentemente exagerada:

—¿Ha heredado usted algo? ¡Qué gran casualidad…! Yo también voy a heredar pronto una bonita fortuna. Según mis cálculos, unos doce millones de dólares.

—Oh, Dios mío… ¡Doce millones de dólares!

—Es una buena cantidad, ciertamente.

—Santo cielo, ¡ya lo creo! Bueno, supongo que debe tratarse de su padre, o de un familiar muy allegado, así que… espero que usted no tenga prisa en heredar. ¿Está enfermo su padre?

—Mi padre murió hace tiempo. Y mi madre. Y toda mi familia. Como suele decirse, estoy solo en el mundo.

—¡Igual que yo!

—Todo esto es maravillosamente coincidente, ¿no le parece? Dígame: ¿a qué se dedica usted en París?

—Tengo una pequeña *boutique*.

—Ahora me explico su distinguida elegancia.

—Es usted muy, amable, señor Samurái. ¡Y yo que había temido que fuese un hombre tosco y de malos modales!

—No debe usted fiarse nunca de las apariencias —sentenció paternalmente Samurái—. Entonces… ¿ha estado usted en Tahití?

—Sí, sí… La verdad es que todavía estoy sorprendida. Hace tiempo que voy viviendo de mi *boutique*, más bien modestamente…, y de pronto, gracias al pobre tío Henry, me encuentro con que soy millonaria. Así que ya no tengo prisa… Quiero decir que del mismo modo que me he permitido el capricho de pasar unos días en las Hawái, podría hacer lo mismo en Acapulco. Bueno, no es que esté celebrando la muerte de tío Henry, pero…

—La entiendo muy bien. Y a fin de cuentas, usted no ha sido la causante de la muerte de su tío Henry, supongo.

—¡Claro que no! —Se sobresaltó Claudine—. Por Dios, no me imagino a nadie matando a una persona para heredarla. En cuanto…

—Debería tener usted más imaginación.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir?

—Observo que, finalmente, hemos llegado a un punto en el que nuestras vidas no son paralelas.

Quiero decir con ello que yo, precisamente, voy a heredar esos doce millones de una persona a la que tengo que matar antes de quince días.

La muchacha respingó, y se quedó mirando a Samurái con expresión desorbitada. De pronto se echó a reír, un tanto nerviosamente.

—Es usted una persona muy bromista, señor Samurái.

—Sí —asintió él plácidamente—: tengo un gran sentido del humor. Lo que ocurre, es que a veces resulta un tanto especial, y no todas las personas pueden comprenderlo con tanta facilidad como usted.

—Señor Samurái: ¿sabe que es usted la persona más agradable que he conocido?

—Arigato —inclinó Samurái la cabeza.

—¿Qué?

—Arigato significa «gracias» en japonés. Algo así como el

«s'il
vous plait» francés.

—Ah. ¿Habla usted japonés?

—Un poco.

—¿Y francés?

—Un mucho. En total, puedo hacerme entender de veintidós maneras, entre idiomas y dialectos.

—Oh… ¡Oh!

—¿Seguirá usted con su *boutique* cuando llegue a París?

—No sé… Tengo que pensarlo.

—Pues piense, piense… No la voy a molestar.

Claudine Duvalier abrió la boca para asegurar que Samurái no la molestaba en absoluto, pero él había cerrado ya los ojos, y su rostro pareció convertirse en piedra. La muchacha estuvo unos segundos vacilando. Luego, abrió la libretita, y se dedicó a leer las anotaciones sobre la ruta de su compañero de viaje. Cerró la libretita, la guardó en el bolso, y durante unos minutos permaneció pensativa, mirando de cuando en cuando a Samurái, que parecía dormido.

De pronto, se puso en pie, salió al pasillo, y se dirigió hacia proa…, naturalmente, sin darse cuenta de que, por entre los entreabiertos párpados, Samurái la observaba. Tampoco se dio cuenta del duro pliegue de la boca de Samurái.

Claudine Duvalier regresó diez minutos más tarde.

* * *

—Calculo que aterrizaremos dentro de veinte minutos —dijo Samurái, tras mirar su reloj.

—¡Qué corto se me ha hecho el viaje ésta vez! —exclamó Claudine.

—Lo celebro. Pero lo importante de los viajes es que terminen, no que sean cortos o largos… ¿No está de acuerdo?

—Sí… Sí, claro.

—¿Me permite pasar? Quisiera ir a los servicios.

—Oh, sí… Sí.

Samurái salió al pasillo, y se dirigió hacia los servicios. Entró en una cabina, cruzó los brazos sobre el pecho, y quedó inmóvil,

inexpresivo el rostro como si fuese realmente de piedra. Cuando volvió a mirar su reloj, habían pasado siete minutos.

«Le he dado tiempo suficiente —pensó—. Sea lo que sea lo que pretenda hacer, debe hacerlo ahora».

Aspiró profundamente, llenándose el vientre de aire, y lo expulsó muy despacio, con una contracción final de los músculos abdominales, muy fuerte. Luego, abrió de pronto la puerta, esperando ver allí, en el pasillo, a Claudine Duvalier.

Abrió tan de pronto, tan en seco, que el hombre que había esperando allí respingó, sobresaltado, y su mano derecha no salió del bolsillo de la chaqueta con la rapidez que quiso imprimirle. Por su parte, Samurái también se sorprendió, pero mucho menos. Mejor dicho: su reacción fue infinitamente más rápida que la del hombre…

Su mano izquierda asió el antebrazo de éste con tal fuerza que el hombre emitió un ahogado gemido…, mientras Samurái lo asía casi simultáneamente por la solapa y tiraba de él hacia dentro de los servicios. El tiempo justo para introducirlo allí, soltar la solapa y asir el tirador de la puerta, cerrando ésta con seco golpe… Tan seco como el puñetazo que el hombre le disparó a la cara mientras intentaba sacar la otra mano del bolsillo.

Ambos gestos fueron inútiles.

Respecto a la mano derecha, metida en el bolsillo, era como si en lugar de esto la tuviera metida en un bloque de cemento. En cuanto al puñetazo propinado con la mano izquierda, ciertamente llegó a su destino, la barbilla de Samurái… Fue igual que golpear en una pared.

La respuesta fue fulminante. Samurái le golpeó en corto justo en la boca del estómago, y el hombre expelió todo el aire, quedando lívido, encogido, desorbitados los ojos. Una fracción de segundo después, Samurái le había hecho girar, y su puño derecho golpeó ahora en la nuca del hombre, que se estremeció y se relajó en el acto.

Samurái lo sostuvo el tiempo justo para volver a darle la vuelta, y lo dejó tendido en el piso del lavabo, cara al techo, con la cabeza hacia el inodoro. Se inclinó sobre él, le quitó del bolsillo la navaja de resorte, y se la guardó. Luego, sin molestarse en examinar al hombre, pues sabía perfectamente que estaba muerto, salió al

pasillo cerró, y se dirigió tranquilamente hacia su asiento.

—Ya se divisa la costa, —dijo Claudine, que se había desplazado al asiento de él—. Le dejaré…

—No se moleste, por favor. Cualquier asiento es bueno para mí.

Se sentó junto a ella, y la miró fijamente. En el fondo, y aunque le molestaba esta sensación, se sentía no poco perplejo… ¿Se había equivocado? Pensó en el hombre que había dejado muerto en los servicios…, y que, evidentemente, se proponía matarlo a él. Tal como había supuesto, el enviado de Phileas Maxwells había esperado al último momento para intentar matarlo. Luego, lo habría dejado encerrado en los servicios, suponiendo, con no poca lógica, que si alguien quería utilizarlos y los encontraba cerrados, no requeriría la ayuda de la azafata, considerando el poco tiempo que faltaba para aterrizar y que en el aeropuerto podría solucionar su necesidad. Eso aparte de que si era encontrado antes de desembarcar los pasajeros, el hombre no debía tener preocupación alguna respecto a la investigación que seguiría…

—Es la primera vez que vengo a Estados Unidos —dijo Claudine —. ¿Y usted?

—No. He estado ahí en no pocas ocasiones.

—Claro —lo miró ella, sonriendo deliciosamente, como una niña picara—: como que usted es norteamericano, señor Nash.

—¿Nash? —Alzó las cejas Samurái.

—Glenn Nash. Me interesé por usted antes, y en la lista de pasajeros consta su nombre auténtico, naturalmente.

—Pero…, ¿está usted segura de que es Glenn Nash?

—Oh, pues…

Comenzó a oírse la advertencia de que iban a aterrizar, y las disposiciones adecuadas al caso. Los pasajeros procedieron a abrocharse los cinturones. No *smoking*, please.

—Bien… parece que llegamos al término del viaje, señorita Duvalier.

—En su primera etapa —sonrió ella.

—Naturalmente, en su primera etapa.

CAPÍTULO III

Cuando Samurái apareció en el vestíbulo con su maleta y su maletín, la primera persona que llamó su atención fue el hombre qué, de pie ante la salida, inmóvil, lo miraba con hosca fijeza. Samurái se acercó a él, dejó la maleta en el suelo, y de un bolsillo sacó la navaja de resorte, que tendió al hombre.

—Mejor suerte para la próxima vez, señor Krask… ¿Es Krask, o entendí mal en Honolulú?

Krask, el jefe de los guardaespaldas de Phileas Maxwells, se guardó la navaja, asintiendo con un gesto.

—¿Qué ha pasado?

—¿Se refiere a su hombre? Está muerto, en los servicios.

Alzó de nuevo su maleta, y se dirigió a la salida del aeropuerto. Poco después tomaba un taxi, y mientras éste se alejaba volvió la cabeza, para mirar por el cristal zaguero. No parecía que fuese a tener más problemas, por el momento.

Desde el Los Ángeles International Airport se hizo llevar al puerto, en la Bahía de San Pedro. Allí, muy tarde ya, pues había perdido horario al volar hacia el Este, almorzó en un pequeño restaurante cerca del mar, donde dejó su maleta y su maletín, para dedicarse a dar un paseo a pie. El resultado de este paseo fue convencerse de que, por el momento, no tenía a nadie tras él. Y, realmente, ¿para qué molestarse si sabían que a las siete tomaría la motonave Ondina hacia Acapulco?

A las siete menos veinte de la tarde, un mozo del Ondina dejaba la maleta de Samurái sobre la bonita alfombra de su camarote, y se volvía hacia él, mirándolo con inusitada atención.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor?

—No, gracias.

El mozo se marchó con su propina. Samurái cerró la puerta del camarote, se volvió, abarcándolo todo con la mirada, se puso las manos en la cintura.

«No es muy grande —pensó—. Terminaré pronto».

Sin embargo, había que hacer las cosas bien, pues habría sido estúpido que un hombre como él muriese debido a una explosión, sin enfrentamiento personal, sin lucha. Supo perfectamente cuándo el barco zarpaba, pero él no tenía a nadie para despedir agitando el pañuelo, así que siguió buscando hasta el último rincón del camarote. Cuando se convenció de que allí no había una bomba ni nada parecido, eran las siete y doce minutos, y la motonave había salido ya del puerto.

Se sentó en la litera, con las manos sobre las rodillas, y se dedicó a reflexionar. Naturalmente, el hombre del avión ya habría sido encontrado, pero el diagnóstico sólo podía ser uno: como fuese, el pasajero X había caído, se había golpeado con la nuca contra el inodoro, y eso había causado su muerte. Nada que temer por esta parte. Ahora había que pensar en el viaje por mar, que iba a durar unas ochentas horas.

Aquí, ya no tenía por qué pensar que iban a esperar a última hora para intentar matarlo, ya que, una vez muerto, con tirarlo al mar se solventaba el asunto. Por lo tanto, el ataque podía llegar en cualquier momento.

De acuerdo.

Colocó la maleta sobre la litera, la abrió, y sacó sus ropas, que fue colocando en el armario. Poca cosa, aunque, desde luego, todo estaba previsto, desde el esmoquin al chaquetón forrado de piel para el frío que lógicamente encontraría en Nueva York, París, y, sobre todo, en Estocolmo.

Una vez colgadas sus ropas, alzó la doble tapa de la maleta. No un doble fondo más o menos disimulado, sino simplemente, un doble compartimento perfectamente visible. No se trataba allí de engañar a nadie, sino de tener bien separadas en la maleta sus ropas de la gran cantidad de armas que había allí, muy bien colocadas. Armas blancas todas ellas: sables, puñales, hojas de lanza con los mangos en dos secciones, flechas, un arco doblado por la mitad, unos palos unidos por una tira de cordón de perlón, unas estrellas metálicas de puntas afiladas… Un japonés habría ido señalando

cada uno de estos objetos con estas palabras: katana, tanto y aukuchi, naginata, kyudo, nunchaku, shuriken…

Y un aduanero, al ver aquel arsenal metálico, sin duda se habría sobresaltado un poco, preguntando:

«—¿Y esto?».

«—Son armas de fabricación japonesa para la práctica de las Artes Marciales, señor. Soy representante de una fábrica japonesa que se dedica a exportarlas, con la debida licencia. En realidad, no son para ser usadas corrientemente, sino en demostraciones deportivas, y, preferentemente, de adorno…».

Teniendo en cuenta que, por ejemplo, en París se podían adquirir incluso pequeños misiles, y que una persona peligrosa podía adquirir con toda facilidad desde una pistola a una bomba…, ¿qué importancia podía tener una colección de armas consideradas artísticas?

A las ocho en punto, Samurái aparecía en el elegante y muy agradable comedor del Ondina. Era una atmósfera tan grata y risueña que parecía una barbaridad pensar en peligro alguno, y mucho menos en la muerte violenta.

—¿Viene solo, señor?

—Sí.

Fue llevado a una mesita cerca del ventanal, y en la que había un pequeño búcaro con una flor. Ya era de noche. El mar se veía como una negra mancha rizada y como roto en miles de pedazos de color plata al reflejar el cuarto creciente de la luna.

El camarero le tendía la carta, pero Samurái la rechazó con un suave gesto.

—Solamente quiero carne asada, fruta, y… ¿Puede usted volver dentro de un par de minutos?

—Desde luego, señor.

El camarero se alejó…, mientras Samurái se ponía en pie, mirando inexpresivamente a la bellísima aparición que caminaba hacia él, sonriendo. Llevaba un vestido de noche que dejaba al descubierto sus hombros, parcialmente abrigados con el blanco chal, que manejaba con elegantísima soltura. La piel relucía dorada, tersa, mostrando la dulce forma de la parte alta de los senos. Los brazos parecían de oro. Y sus ojos, más de terciopelo que nunca.

La boquita sonrosada se estiró en una más amplia sonrisa

cuando Claudine Duvalier se detuvo ante él, tendiéndole la mano.

—¡Qué sorpresa, señor Samurái…!

—Agradable, espero.

—Oh, sí… Me disponía a cenar sola, pero…

—Por favor, siéntese. —Samurái le acercó una silla, y se sentó cuando ella lo hubo hecho—. Será para mí un placer invitarla a cenar, sinceramente.

—Siempre tan amable… Es usted un hombre… muy cortés. Sí, ésa es la palabra que mejor le define.

De verdad, señor Samurái —la muchacha le miró anhelante—: ¿Le molesta mi presencia?

—No.

—¿De verdad, de verdad? Usted sabe perfectamente que esto no ha sido casualidad, ni sorpresa alguna, al menos para mí… Aprovechando su información respecto a la ruta que iba a seguir, yo me he permitido… buscar su compañía. Cuando viajábamos hacia Los Ángeles pedí un pasaje en este barco por radioteléfono. Y tuve suerte.

—La suerte ha sido mutua —murmuró Samurái—. Quisiera hacerle una pregunta, pero no quisiera estropear con ella su opinión respecto a mi naturaleza cortés, señorita Duvalier.

—No, no… Haga su pregunta, por favor.

—Gracias. Dígame: ¿por qué ha variado usted su ruta para viajar en mi compañía?

Claudine Duvalier parpadeó, lentamente.

—Yo diría que eso es evidente, señor Samurái —susurró.

—¿Evidente?

—Sí. Me he enamorado de usted.

—Ya. En ese caso, debo decirle que está perdiendo su tiempo.

—¿No le gusto a usted? —Palideció Claudine.

—¿Gustarme? Por supuesto que sí. Pero sólo eso. No sé si usted me entiende.

—Sí… Le entiendo…

—En tal caso, podemos considerar que la situación está lo bastante clara para que nos dediquemos a cenar.

—Sí… Sí. Estoy… estoy en el camarote veintitrés… Qué casualidad, el número de la edad que tengo.

—Yo estoy en el seis —sonrió prietamente Samurái—. Y ni que

decir tiene que ésta no es mi edad.

—¿Qué le gustaría cenar? —preguntó, haciendo una señal al camarero.

—Lo mismo que cene usted.

—¿Carne asada, fruta y té? —La miró con cierta ironía Samurái.

—Sí, sí.

—Hay platos más exquisitos y sofisticados: desde langosta y camarones, o salmón, a sopa de tortuga, o…

—Cenaré lo que cene usted.

El camarero estaba junto a ellos. Samurái hizo el pedido y se quedó mirando a Claudine, que había sacado un paquete de cigarrillos y un precioso encendedor de su bolsito. Ella se puso el cigarrillo en los labios, acercó la llamita del encendedor…, y sus ojos quedaron fijos en los de Samurái, que parecían dos piedras negras. La muchacha se quitó el cigarrillo de los labios, apagó el encendedor, y lo guardó en el bolsito. Miró hacia el mar plateado, luego a su alrededor… La mirada de Samurái parecía pesar sobre ella como algo tangible, poderoso.

De pronto, Samurái desvió la mirada, vivamente, hacia el hombre vestido de esmoquin que se acercaba a su mesa, mirándolo con fijeza. Samurái no se movió ni un milímetro. Ni siquiera cuando el hombre llegó junto a la mesa, y se inclinó un poco.

—¿Señor Samurái? —musitó.

—Sí.

—¿Puede dedicarme su atención un minuto… a solas?

—No. Si quiere hablarme a solas, espere otra ocasión. Seamos educados.

—Sería conveniente que hablásemos cuanto antes.

—Oh, yo puedo… —empezó a ponerse en pie Claudine.

—Siéntese —dijo Samurái, sin mirarla—. En cuanto a usted, si el asunto es tan urgente, puede hablar ahora. No mire a la señorita: ella goza de toda mi confianza.

El hombre asintió.

—Está bien. Me envía Krask… ¿Lo conoce usted?

—Desde luego.

—En este barco viajamos yo y dos amigos míos. Naturalmente, con la orden de matarlo a usted antes de llegar a Acapulco. Entiendo que está usted de acuerdo con este riesgo.

—En efecto. ¿Sus amigos son los que nos están mirando desde la entrada del comedor?

—Sí —asintió el otro, sin volver la cabeza—. Yo me llamo Shelby. Ellos Ortega y Darnell. Cuando nos han dicho que usted era un hombre… especial, y que se hace llamar Samurái, hemos tenido el presentimiento de que las luchas oriéntales no son desconocidas para usted… ¿Acierto?

—Sí.

—¿Podemos considerarlo un… experto?

—Sí.

—Nosotros también somos personas entrenadas en cierto tipo de luchas, y nos complace mucho la perspectiva de enfrentarnos a un hombre como usted.

—¿Trabajan ustedes para el señor Maxwells?

—Sí, desde luego.

—Muy bien. Siga, señor Shelby.

—Hemos pensado que es absurdo estropear un viaje como éste, tan agradable. De acuerdo a lo establecido, o usted o nosotros no deberíamos desembarcar vivos en Acapulco, pero yo he tenido una idea que quizá sea de su agrado.

—Es posible. ¿Cuáles la idea?

—Disfrutemos del viaje. —Shelby sonrió—. En especial usted, que está estupendamente acompañado. Lleguemos a Acapulco, y allá quedaremos citados para encontrarnos en un lugar… adecuado, tranquilo, donde podemos solucionar nuestro asunto sin contratiempos de ninguna clase.

Por supuesto, nosotros tampoco pensamos utilizar armas en ningún momento, si usted acepta.

—Acepto. Buenas noches, señor Shelby.

—Buenas noches. Y gracias, Señorita…

Shelby se alejó, reuniéndose con sus compañeros, y los tres ocuparon una mesa… Éste fue el tiempo que tardó Claudine Duvalier en poder reaccionar, aunque todavía desorbitados los ojos.

—Todo… todo esto debe… ser una broma… ¿No es así, señor Samurái?

—No.

—Pe… pero… pero… Ustedes han hablado de matarse unos a otros como… como si fuese… un juego…

—Es un juego. Sólo que la mayoría de las personas no lo entenderían. ¿Ha oído usted hablar de Phileas Duggan Maxwells?

—No… No.

—¿De veras? —exhibió Samurái su prieta sonrisa—. Bien, ese hombre, Maxwells, es un canalla.

Uno de tantos canallas de envergadura que hay en este triste mundo… ¿De verdad no ha oído hablar de él?

—Claro que no…

—Es un hombre de aspecto desagradable. Pero eso no tendría importancia si por dentro fuese agradable. Es un delincuente mundial a gran escala. Tiene negocios en todo el mundo, prácticamente. Negocios basados en la estafa, la expoliación, el asesinato… Todo cuanto de malo se le pueda ocurrir a usted, Maxwells lo hace.

—Pero en ese caso, la policía…

—¿La policía? No pueden con él. Unas veces porque sus recursos «legales» lo sacan del apuro. Otras veces, simplemente porque tiene comprada a la policía. Como él hay muchos en el mundo… Y la mayoría están en mi lista.

—¿Su… su lista?

—Sí. Cuando haya matado a Maxwells me dedicaré a otro. Los iré matando, uno a uno, y quedándome con su dinero, para reintegrarlo a quien corresponde. Durante toda su vida, Maxwells ha expoliado doce millones de dólares: yo le buscaré un destino adecuado a ese dinero.

—No es posible que esté hablando en serio…

—Le aseguro que sí.

—Pero… Pe… pero… esos tres hombres lo van a matar, si son amigos del señor Maxwells…

—¿Usted ha vivido siempre en Francia?

—Sí… Sí, claro.

—Debería ir a vivir una temporada a Oriente. Especialmente, a la India, y quizá comprendería que la muerte no tiene tanta importancia como la mayoría de las personas le da. No es más que un paso en la existencia de un ser. Morir sólo significa volver a empezar. No es morir lo que me preocupa, sino vivir.

—Pero… vivir… ¡vivir es maravilloso!

—Si se vive en paz consigo mismo, sí. Cuando uno muere, todo

está decidido ya. Pero mientras vive, debe tomar sus decisiones, y elegir la vida de acuerdo a sus sentimientos. Usted sabe que va a morir, ¿no es cierto?

—Oh, Dios mío… ¡Claro que voy a morir!

—¿Y qué prefiere? ¿Tenderse ya en una cama, esperando la hora, sin hacer nada? ¿O hacer algo mientras esté viva…, algo que la satisfaga, que llene su vida?

—Yo… yo… yo creo… creo que prefiero hacer algo…

—Eso es lo que estoy haciendo yo. Tengo una fortuna calculada en cinco millones de dólares.

Podría… tenderme a esperar la muerte. Pero me pregunto si mientras tanto estaría viviendo. ¿Qué cree usted?

—No… no sé…

—Yo sí lo sé. No hay nada que me interese en el mundo, salvo hacer lo que he decidido hacer. He pasado bastantes años en la India, en Japón, en China… En todo Oriente. Allí he aprendido cosas… quizá extrañas para otras personas, pero que para mí han sido reveladoras. Morir es un suceso insignificante, no vale la pena pensar en ello. Pero vivir de acuerdo con uno mismo es esencial. Yo podría dedicarme a cuidar mis negocios… ¿Me imagina usted dirigiendo un grupo de empresas, sentado tras una mesa llena de papeles y de teléfonos…? ¿Me imagina discutiendo de dinero con otros hombres, viajando siempre a toda prisa, tomando tranquilizantes, planeando negocios, comprando, vendiendo, cambiando, dictando cartas a chicas monas, cenando en una reunión donde sólo eres recibido si tienes más de un millón de dólares? ¿Me imagina así?

—No. ¡No!

—En ese caso, cenemos tranquilamente.

—Pero esos tres hombres…

—No se preocupe por ellos. Me imagino que creen conocer técnicas más o menos peligrosas, pero ya les desengañaré.

—¿Los… los matará?

—Sí. A fin de cuentas, son de los qué no merecen vivir… ¿Está, segura de que no quiere langosta a la americana, por ejemplo?

—No… No, no.

El camarero llegó con la cena pedida anteriormente, y la sirvió. Claudine Duvalier parecía alucinada, incapaz de reaccionar, de

asimilar de verdad aquella sorprendente conversación, que había seguido poco menos que automáticamente.

—¿Champaña? —Oyó.

—¿Qué… qué?

—¿Quiere que pidamos champaña? —repitió Samurái.

—¿Usted bebe champaña?

—Alguna vez. Muy pocas. No esta noche, ciertamente.

—Entonces, yo tampoco.

El camarero se retiró, y Samurái se quedó mirando el gran trozo de carne asada que tenía ante él.

—En realidad —dijo pausadamente—, no debería comer tampoco carne, pero yo pienso que en todas las cosas hay que buscar un justo término medio, un equilibrio. Por otra parte, me gusta la carne. Y creo que las cosas que gustan deben tomarse…, con la debida moderación, claro está.

—¿Se ha enamorado usted alguna vez? —susurró Claudine.

—¡Señorita Duvalier…! Vamos, vamos, no debe tomarme por un bicho raro. ¡Naturalmente que he amado alguna vez!

—Mi pregunta —enrojeció ella— es si usted se ha enamorado alguna vez.

—No. ¿Y usted?

—Estaba convencida de que me había enamorado un par de veces… Pensando ahora en aquello, tengo la impresión de que fueron pequeñas estupideces.

—Las pequeñas estupideces son las que de verdad fastidian, pues no sirven para nada. En cambio, de las grandes estupideces se obtiene siempre algo, alguna enseñanza.

—¿Cómo considera… mi amor por usted? ¿Cómo una pequeña estupidez… o como una gran estupidez?

—Eso lo sabrá usted cuando nos separemos y vea si ha ganado algo o ha perdido el tiempo.

—¿Y por qué tenemos que separarnos?

—Es de suponer que el viaje terminará un día u otro.

—Yo quiero decir que por qué tenemos que separarnos… nunca.

—¿Viviría usted toda la vida conmigo?

—Sí. Donde fuese y como fuese.

Samurái se quedó mirándola fijamente durante unos segundos. Luego movió la cabeza, con el gesto de quien no comprende algo

que está sucediendo.

—Usted no sabe lo que dice —murmuró.

—Sí lo sé —ella deslizó una mano por encima de la mesa, y la puso sobre una de él—. Lo sé muy bien. ¿Vendrás?

—¿Adónde?

—Camarote veintitrés, ya te lo he dicho.

Samurái se quedó mirando ahora la delicada mano puesta sobre la suya, que en contraste casi parecía negra. Sí, era una mano delicada, bellísima, de tacto suave y fresco. Tan fresco, tan suave…

—Quizá vaya —susurró—. Lo consultaré con las estrellas durante un buen rato después de que nos despidamos aquí, o en la sala de té… ¿Querrás escuchar un poco de música después de cenar?

—Lo que tú quieras. ¿Qué clase de consulta vas a hacerle a las estrellas?

—Les preguntaré quién eres tú.

—¿Y cómo se hace eso? —rió gozosamente Claudine.

—Subiré a la cubierta superior, cuando no haya nadie… Me sentaré, clavaré los ojos en el cielo, y preguntaré: ¿quién es Claudine Duvalier? Y según lo que me contesten, haré una cosa u otra.

—Oh, Dios mío… ¡Espero que te contesten que Claudine Duvalier es la mujer que llenará para siempre tu vida de felicidad y amor!

—¿De verdad crees que me contestarán eso?

—Si las estrellas son capaces de comunicarse contigo, no pueden contestarte otra cosa… ¡Y ojalá puedan comunicarse!

—Ojalá —murmuró Samurái.

CAPÍTULO IV

Pero, por supuesto, las estrellas no se comunicaban con Samurái, el cual no había esperado esto en ningún momento.

Simplemente estaba allí, sentado con las piernas cruzadas, inmóvil. No había nadie más en la cubierta superior de la motonave, lo cual no era en absoluto sorprendente, pues el aire era más bien frío. Lo suficiente para que cualquier persona «en sus cabales» decidiese disfrutar de la más grata atmósfera de la sala de fiestas del barco, o de su propio camarote.

Sin embargo, Samurái permanecía allí, inmóvil, como petrificado, destacando perfectamente la blanca chaqueta de su esmoquin a la luz de la luna, y al resplandor de las luces del barco.

No tenía, ciertamente, ninguna necesidad de hacer preguntas a las estrellas, pues había aprendido hacía mucho tiempo a formarse sus propias opiniones, a responderse a sí mismo a todas las preguntas. Pero; en aquella ocasión, se sentía un poco confuso. Claro está que no iba a creer todo lo que los demás quisieran decirle, pero… ¿acaso no podía haber, en alguna parte del mundo, alguien que alguna vez dijese la verdad?

Aparentemente, no pasó nada. No se oyó nada, no se vio nada nuevo… y a pesar de esto, de pronto, Samurái se movió, a tal velocidad, tan increíblemente rápido, que la bala que debía haberse hundido en su sien derecha fue a rebotar contra la gran chimenea del Ondina, pintada de rojo y blanco en dos grandes franjas.

Se oyó el apagado «plop» del disparo efectuado con silenciador; casi simultáneamente, el rebote de la bala contra la chimenea. Pero para entonces, Samurái ya no estaba allí…, y posiblemente esto originó la exclamación que acto seguido se oyó en el extremo de la escalerilla que llevaba a la cubierta superior.

Luego, tres hombres aparecieron, a toda prisa, y se tendieron sobre la cubierta, cada uno de ellos con una pistola en la mano.

—Está detrás de la chimenea —susurró una voz—. Debo haberle herido.

—De todos modos —dijo otra voz—, no puede escapar. Mucho cuidado con él.

Salvo un par de salientes rectangulares con cubierta metálica pintada de blanco, y la chimenea, no había nada más en la cubierta superior. A ambos lados, quizá a un par de metros del borde, estaban los botes salvavidas, suspendidos, cubiertos por lonas. Y eso era todo.

—Vamos a rodear la chimenea… Despacio.

Se oía el rumor de los motores, y el crujido del agua contra la proa y los costados del barco… Eran las doce y cuarto de la noche aproximadamente.

—Disparad contra cualquier cosa que se mueva.

Era una orden sensata, y muy conveniente.

Sin embargo, no siempre se puede disparar contra «cualquier cosa» que se mueva.

Por ejemplo, un puñal.

Se oyó un silbido, hubo un centelleo en el aire, y Ortega lanzó un alarido brevísimo cuando el afilado aikuchi se hundió en su ojo derecho, penetrando hasta el cerebro. La muerte fue fulminante, y el hombre, con el alarido aún en los labios, dejó caer su cabeza, de cara, contra la cubierta. Todos sus músculos se relajaron, y la pistola quedó junto a su mano inerte.

Muy cerca de él, Darnell y Shelby rodaron por la cubierta, alejándose, buscando ponerse a salvo.

Luego, separados por tres o cuatro metros, ambos miraron con expresión todavía de sobresalto hacia Ortega. El aikuchi no se había hundido completamente en el ojo, de modo que podían ver el brillo de la parte de la hoja más cercana a la pequeña empuñadura.

Luego, se miraron uno al otro, y Shelby señaló hacia la chimenea. Comenzaron a arrastrarse hacia allí, con la pistola por delante, uno por cada lado. El acorralamiento era perfecto. O uno u otro tenía que ver a Samurái, tanto si éste rodeaba a su vez la chimenea, como si se quedaba quieto donde estuviese. Y si intentaba alejarse, es decir, correr hacia el borde de la cubierta para

saltar a la inferior o a uno de los botes salvavidas, forzosamente estaría a tiro de ambas armas, o por lo menos de una, durante dos o tres segundos… Tiempo más que suficiente para que unas cuantas balas alcancen a cualquier hombre, por veloz que sea…

La sorpresa de Darnell y Shelby fue mayúscula.

En un momento dado, tan inesperadamente que estuvieron a punto de dispararse entre sí, se vieron el uno al otro, ambos reptando sobre la cubierta. Habían rodeado completamente la chimenea, uno por cada lado, y… Samurái no estaba allí, como parecía lógico. No podía estar en ninguna otra parte más que allí, y sin embargo, no estaba allí.

Estaba arriba.

El primero en comprenderlo fue Shelby. Respingó fuertemente, apoyó la mano izquierda en la cubierta, y miró arriba; alzando la mano derecha, presto a disparar… En aquel mismo instante, el tigre cayó sobre él desde lo alto de la chimenea. Exactamente sobre él, con los pies juntos, hundiéndolos en los riñones de Shelby, que lanzó un berrido, soltó la pistola, y se encogió como una tira de cuero puesta al fuego.

En aquel tiempo que Darnell miraba hacia allí tras haber mirado un instante hacia arriba, Samurái pudo recoger la pistola de Shelby y desaparecer de nuevo. Visto y no visto. Pero esta vez, Darnell no tuvo que esperar mucho para volver a verlo…, a sentirlo, más bien.

Es imposible describir la velocidad del pensamiento, que nada puede igualar. Pero, cuando Darnell comprendió lo que estaba haciendo Samurái, y se volvió, Samurái ya había rodeado la chimenea por el otro lado, y estaba tras él, tan cerca que cuando Darnell, respingando, lívido el rostro, movió la mano derecha en aquella dirección, el pie de Samurái ya podía alcanzarle.

El punterazo dio en la mano de Darnell por debajo de la pistola, y alzó ambas con tal fuerza que fueron a golpear el rostro de su propietario, que volvió a gritar, intentó controlarse…, y recibió otro puntapié, ahora en plena boca. Un espantoso puntapié, que le hizo enderezar el torso mientras sus dientes crujían y la pistola saltaba de su mano.

Darnell estuvo a punto de perder el sentido, pero quizá el mismo golpe al regresar de cara contra la cubierta, le dio fuerzas para recuperarse. Sacudió la cabeza, estiró con fuerza los párpados, como

si quisiera abrirlos hasta lo imposible, y pudo ver a Samurái, que estaba de espaldas a él, tirando con fuerza las dos pistolas, hacia el mar.

Darnell se puso de rodillas, y vio a Shelby que ya estaba en esta postura, con las manos a la espalda, tan lívido el rostro como él mismo… Los dos vieron a Samurái recoger la pistola de Ortega, y tirarla también al mar, con fuerza.

Para entonces, ambos se habían puesto en pie, Darnell escupiendo sangre y esquirlas, de dientes. Una horrenda maldición brotó por entre los destrozados labios mientras su mano derecha se hundía en el bolsillo del pantalón, para tomar la navaja. Shelby le imitó, y los dos se quedaron mirando fijamente a Samurái.

El cual, les miraba a su vez. Le vieron meter la mano derecha bajo la blanca chaqueta; cuando la sacó, llevaba en ella dos bastones… Soltó uno, pero quedó colgando del otro por medio de la fina cuerda de perlón, oscilando.

—¡Un nunchaku! —jadeó Shelby—. ¡Ha llevado encima todo el tiempo un nunchaku!

—¡Vámonos! —gritó Darnell.

Pero, se encontraban encerrados en la trampa en la que habían querido atrapar al tigre: si querían escapar de la cubierta superior, tenían que pasar junto a Samurái para alcanzar la escalerilla, o bien, saltar a la inferior. Y había quedado demostrado que saltando no iban a ser superiores al silencioso enemigo que tenían delante…

El nunchaku, sujeto por un extremo por la mano derecha de Samurái, comenzó a girar, lentamente…

Era como un largo palo roto, y remendado, luego con un cordel. Los nunchaku pueden tener diversas longitudes, y constar de dos o tres bastones de unos tres centímetros de diámetro en su parte más gruesa. Un buen nunchaku está hecho de madera de roble, endurecida hasta ser poco menos que piedra. Pueden ser redondos, o cuadrados, o hexagonales preferentemente, de modo que cada una de sus partes, cada uno de los pequeños bastones tiene aristas, lo que ocasiona que el golpe sea aún más doloroso.

Fiu-fiu,
fiu-fiu,
fiu-fiu,
fiu-fiu…,

silbaba el nunchaku en el aire, girando cada vez a más velocidad, mientras Samurái se iba acercando a Shelby, desplazándose como si se deslizase por el suelo en lugar de caminar.

Shelby hizo un quiebro, intentando engañar a Samurái para pasar por su lado corriendo hacia la escalerilla, pero Samurái, simplemente, giró como una peonza mientras se desplazaba de aquel modo sorprendente, como si tuviera ruedas en los pies. No había la menor alteración ni emoción en el oscuro rostro bronceado de Samurái.

Ni se alteró tampoco cuando, finalmente, lanzó el primer golpe con el nunchaku, hacia Shelby: la parte libre dio en la sien izquierda de Shelby, se oyó un crujido, y mientras Shelby caía hacia atrás muerto, el bastón regresó, como por deseo propio, bajo el sobaco derecho de Samurái, que se volvió hacia Darnell, lanzando de nuevo la parte suelta hacia delante, hacia el aterrorizado Darnell, que dio un salto hacia atrás.

—No, no… ¡No! —gritó.

Fiu-fiu,
fiu-fiu,
fiu-fiu,
fiu-fiu…

—¡No, no, no!

Fiu-fiu,
fiu-fiu,
fiu-fiu…

Darnell lanzó un alarido de miedo, de impotencia, de rabia al fin, y se abalanzó contra Samurái, blandiendo la navaja horizontalmente, como en una estocada, dispuesto a hundirla en el vientre del mudo adversario.

¡Crash!, chascó su muñeca al recibir el golpe de nunchaku un poco más arriba de la articulación de la mano. La navaja saltó, y la rotura del hueso fue tan brutal que no habría sido sorprendente que hubiese saltado también la mano. Darnell emitió un alarido tremolante, cayó de rodillas, y miró a Samurái con los ojos llenos de lágrimas provocadas por el espantoso dolor.

El nunchaku había regresado de nuevo al sobaco de Samurái, pero lo «soltó» inmediatamente, hacia delante, hacia Darnell, que no podía ver bien, pero que oía perfectamente…

Fiu-fiu,
fiu-fiu,
fiu-fiu…

—¡Noooo!

En realidad, ni siquiera experimentó dolor alguno. Recibió el golpe verticalmente, al hacer Samurái un hábil gesto con la muñeca, y murió en el acto, cayendo sobre la cubierta como aplastado. Sólo tuvo tiempo de oír como un tremendo estallido dentro de su cabeza. Eso fue todo.

El nunchaku regresó una vez más al sobaco de Samurái, que se quedó inmóvil, erguido, como indiferente. Estuvo así quizá medio minuto, al aire frío de la marcha del barco sus largos cabellos color bronce. Por fin, con seco gesto, lanzó hacia delante la parte suelta del nunchaku, la recogió a la vuelta uniéndola con la otra, y se guardó la mortífera arma, de apariencia inofensiva…, para quien desconozca las luchas orientales.

Retiró del ojo de Ortega el aikuchi, lo limpió en las ropas del cadáver, y se lo colocó en la pantorrilla derecha, sujetándolo con la goma, junto a tres más. Le quitó la navaja a Ortega, recogió las de Shelby y Darnell, y las tres fueron a parar al mar.

Y diez minutos más tarde, también los cuerpos de Ortega, Darnell y Shelby habían ido a parar al mar. La labor fue realizada con toda pulcritud y sigilo por Samurái, siempre atento a todo cuanto sucedía a su alrededor, tendido el finísimo oído en todo momento.

Terminada la operación más difícil, regresó a la cubierta superior, y se dedicó a buscar manchas de sangre. Ortega había dejado unas cuantas, y también Darnell… Las limpió con un pañuelo como mejor pudo, abandonó definitivamente la cubierta superior, y tras tirar el pañuelo al mar, se dirigió hacia los camarotes de primera clase.

Recorrió el pasillo sin encontrarse con nadie, lo cual no resultaba sorprendente… Aunque de alguna parte llegaba, muy amortiguada, música moderna.

Llegó ante la puerta señalada con el número veintitrés, y llamó quedamente con los nudillos.

La puerta se abrió en seguida. Es decir, se oyó el suave chasquido del pestillo, y comenzó a abrirse…

Samurái la empujó, sin brusquedad, pero con fuerza incontenible. Dentro se oyó una exclamación ahogada, y, mientras él entraba en el camarote, el choque de un cuerpo contra el suelo. Una vez cerrada la puerta, encendió la luz del camarote, y su negra mirada fue hacia el suelo, donde Claudine Duvalier, tendida ahora de lado y apoyada sobre un codo, lo miraba con los ojos muy abiertos, asustada.

Llevaba solamente una diminuta camisita. Tan diminuta, tan etérea, tan transparente, que casi habría sido lo mismo que si no hubiese llevado nada… Por un instante, un relámpago extraño pasó por los ojos de Samurái cuando éstos recorrieron velozmente el bellísimo cuerpo, los rubios cabellos, las esbeltas piernas descubiertas… En seguida, aquella luz ardiente se apagó, los ojos quedaron como dos negras piedras opacas.

—Sería la primera vez que matase a una mujer —susurró—. No me obligues a ello.

—¿Qué… qué?

Él se acercó, la asió de un brazo, la puso en pie, y la tiró sobre la litera, que estaba abierta, pero que aún no había sido utilizada.

—Si te mueves de aquí, te mato.

Claudine palideció, y se quedó inmóvil, aterrada, Samurái fue al armario, lo abrió, y de un manotazo apartó todos los vestidos. Luego, los fue palpando, de uno en uno. Sacó la maleta, la colocó a los pies de la muchacha, y la abrió… No había nada dentro. Pero sus manos la recorrieron velozmente por todas partes, buscando algún resorte, algún doble fondo… No existía tal doble fondo, no había allí arma alguna.

Colocó de nuevo la maleta en el armario, y volvió a revisar éste. Finalmente, lo cerró, se volvió hacia el centro del camarote, y su mirada lo recorrió velozmente. Entró en el cuarto de baño, dejando la puerta abierta.

Siempre inmóvil, serenándose, Claudine le veía hacer, examinándolo todo, incluso las toallas. Salió de allí, se colocó ante el tocador, y abrió todos los cajones… Lo miró todo, incluso los peines y el cepillo para el cabello, el secador a pilas, los pequeños frasquitos de perfume francés… Todo.

Finalmente, miró bajo los asientos de los dos sillones, y debajo de la litera, detrás del plafón de la luz… Todo.

Luego, se sentó en el borde de la litera, junto a Claudine.

—Escucha. —Susurró—: no hay nada en el mundo que pueda impedirme llegar a Estocolmo. Quiero que entiendas bien esto, porque no deseo matarte. Ya he matado a cuatro hombres, a cuatro asesinos profesionales… Bien está. Y supongo que tendré qué matar algunos más. Eso no me importa, pero preferiría no tener qué matarte a ti… Ya no lo repetiré.

—¿Por qué… me dices esas cosas? —Tembló la voz de ella.

—No me gustan las tonterías. El juego ha terminado… A partir de ahora, si vuelves a acercarte a mí, date por muerta. Y date por muerta también si intentas algo. ¿Lo entiendes bien, Claudine…, o como te llames realmente?

—No… No, Samurái, no lo entiendo…

—No acostumbro a fastidiar a mi prójimo con consejos, pero a ti te voy a dar uno: apártate de mi camino. Para siempre.

—¿No me amas?

—Ni te amo, ni te amaré jamás, ni jamás he amado ni amaré a nadie.

—¿Las estrellas te han dicho que yo no soy la…?

—Las estrellas no me han dicho nada. Nunca me han dicho nada. Pero lo sucedido arriba sí me ha aclarado las cosas. Naturalmente, en ningún momento creí en la sinceridad de esos tres desdichados, así que decidí concederles la oportunidad de terminar pronto su trabajo… Por eso subí a la cubierta.

Ahora, ya sabemos que seré yo quien llegará vivo a Acapulco… Procura hacer lo mismo…, y desaparece. Olvida a Maxwells, a Krask, y olvida cualquier pequeña fortuna que te hayan ofrecido por mi vida. Hasta nunca.

Iba a ponerse en pie, pero Claudine adelantó rápidamente una mano, y lo asió por una solapa.

—Samurái, espera…

—Suéltame.

—Te lo suplico… Por favor, espera… No sé lo que me estás diciendo…

—No abuses de mi cortesía, Claudine.

—Te juro que no lo sé… Oh, sí, por Dios, entiendo… que has matado a aquellos tres hombres, pero… pero…, ¿qué… qué tiene que ver eso conmigo? Samurái —ella se sentó, y puso sus tibias

manitas en ambas mejillas de él—. Samurái, yo sólo quiero amarte, y que me ames… Lo demás no lo entiendo, porque… Estás muy frío… Estás helado, tienes las mejillas como hielo… ¿Tienes frío?

—Todavía me dura —entornó él los ojos.

—Entonces, quédate conmigo. Yo te daré calor, y amor… Te daré todo lo que me pidas.

—No he pedido nunca nada a nadie.

—Yo quiero dártelo aunque no me lo pidas. Samurái, ¿no puedes entenderlo? Te amo, te amo, te amo, te amo…

Claudine Duvalier rodeó con sus brazos el cuello de Samurái, y se apretó contra él, envolviéndolo en perfume y calor, mientras sus sonrosados labios llegaban a la dura boca masculina, otorgando un beso dulcísimo.

Tardó casi medio minuto en darse cuenta de que estaba besando a una piedra.

Se apartó, muy despacio, separando sus labios de los de él como si realmente fuese difícil, incluso doloroso. Lo miró con los ojos llenos de esperanza.

—¿No quieres quedarte? —susurró.

Samurái se desprendió suavemente de los brazos que rodeaban su cuello, y se puso en pie.

—Si vuelves a cruzarte en mi camino, te mataré —dijo.

CAPÍTULO V

Cuando, en el puerto, tres días más tarde, pasó junto a Krask, éste tenía muy mal color. Eran las diez de la mañana, hacía un día espléndido, cosa frecuente en Acapulco, donde todo el mundo se broncea con gran facilidad…, pero Krask estaba muy pálido. Había estado esperando el barco, y cuando vio a Samurái en la escalerilla, palideció. Cuando Samurái pasó junto a él, todavía estaba pálido.

Samurái pasó muy cerca de él, mirándole con indiferente amabilidad.

—Adiós, señor Krask —saludó—. ¿Nos veremos en Ciudad de México?

Krask no tuvo fuerzas para contestar. Se quedó mirando hacia el Ondina, hacia los demás pasajeros que abandonaban el barco. Y estuvo allí, como clavado al suelo hasta que, forzosamente, tuvo que comprender que ya no quedaban más pasajeros para desembarcar.

Mientras tanto, Samurái había tomado un taxi, a cuyo conductor indicó:

—Hotel Elcano.

—Sí, señor.

El hotel Elcano está en Costera Miguel Alemán, delante mismo de la mundialmente famosa Playa Condesa. Un imponente y moderno edificio de diez pisos. Delante hay un jardín con palmeras, y una piscina de forma irregular, alargada, rodeada de palmeras. Por unas escalerillas se baja a la playa, en la cual, perfectamente ordenadas, hay sombrillas de paja.

Hacia el mediodía, Samurái estaba en traje de baño, tendido junto a una de esas sombrillas, tomando plácidamente el sol, ignorando por completo a las dos bellas muchachas, sin duda

alguna norteamericanas, que, bajo otra sombrilla cercana, le miraban y sonreían… Tampoco parecía prestar gran atención al resto del mundo que le rodeaba. Simplemente, tomaba el sol.

A la una almorzó, y se puso a dormir la siesta. Hacia las cinco de la tarde, salió del hotel, a pie, dispuesto a dar un paseo por Acapulco.

Siempre a píe, recorrió toda la bahía, hasta el Club de Yates. Desde allí, cruzó la diminuta península de la derecha de la bahía, hasta llegar a la zona de hoteles edificados en las playas Caleta y Caletilla, y estuvo unos minutos sentado en una roca, contemplando, enfrente, la isla Roqueta. Regresó al Club de Yates, localizó una lancha de alquiler, y se hizo llevar a Punta Bruja, en la parte opuesta de la bahía. Nadie le seguía… Ni a pie, ni en lancha, ni en coche en ningún momento… Desde Punta Bruja, caminando ahora por la parte izquierda de la bahía, regresó, de nuevo a pie, al hotel Elcano, A las diez y media de la noche, rechazando cortésmente la sugerencia del conserje respecto a ir a ver los clavadistas de La Quebrada, se retiró a su habitación. No sentía el menor interés por ver a aquellos muchachos que se lanzaban al mar desde la escalofriante altura de aquellas rocas llamadas La Quebrada: entre otras cosas, porque ya los había visto anteriormente en varias ocasiones.

A las once de la noche, Samurái dormía profundamente. Tan profundamente que no despertó hasta las seis en punto de la mañana… Esta vez, efectuó un tandoku retsiu de judo. Bellos, elegantes movimientos de base para las proyecciones de judo. En argot pugilístico, se habría dicho que estaba haciendo «sombra». Sólo que en tandoku retsiu no había ni un solo movimiento brusco, ni un solo golpe. Parecía un suave baile, eso era todo. Pero cuando dio por terminado el entrenamiento de aquella mañana, Samurái estaba sudando tan copiosamente como si hubiese realizado un par de *katas* de karate.

A las ocho de la mañana, Samurái estaba duchado, afeitado, vestido, listo para emprender la siguiente etapa del viaje. Descolgó el auricular del teléfono.

—¿…?

—¿Ha llegado el taxi que les pedí anoche?

—…

—Bien. Espero.

Colgó, y salió a la terraza. Todas las habitaciones estaban situadas frente al mar. A Samurái, este tipo de construcción siempre le había producido la impresión de estar contemplando un montón de cajitas bien apiladas, pero, por supuesto, le tenía sin cuidado. Sobre todo, pudiendo contemplar el mar, que se extendía ante él hasta el brumoso horizonte. Azul, verde, blanco… Se veían las velas de algunos balandros y snipes. Un par de yates navegaban, uno saliendo de la bahía, el otro entrando…

Oyó la llamada a la puerta. Abandonó la terraza y fue a abrir. Seguramente, era un botones, que venía a recoger su equipaje, para bajarlo al taxi, que ya debía haber llegado. Sí, seguramente, pero…

—¿Quién es?

—Servicio, señor.

Samurái abrió la puerta. Alzó ligeramente las cejas al no ver al botones, sino al empleado de blanca chaquetilla que empujaba una cesta de mimbre colocada sobre un soporte con ruedas.

—¿Sí? —musitó.

El hombre parecía sorprendido. Miró el número de la puerta rápidamente, y de nuevo a Samurái.

—Perdón… Debo haber entendido mal. Tengo anotada esta habitación para recoger toda la ropa, pero…

—No se equivoca. Pase.

El hombre dirigió un veloz vistazo hacia el interior de la habitación.

—Puedo volver más, tarde. Perdone si…

—Pase. No me molesta en absoluto. Estoy a punto de marcharme.

—Gracias, señor.

El hombre entró en la habitación, empujando el carrito con la cesta de mimbre. Llegó junto a la cama, quitó una de las sábanas… El teléfono sonó. El empleado del hotel miró a Samurái, que se dirigía ya hacia el teléfono…

—¿Sí?

—¿…?

—Sí —hubo un lento parpadeo en los ojos de Samurái—. Un momento. Es para usted —se volvió hacia el empleado.

El cual se quedó atónito.

—¿Para mí, señor? —Se mostró incrédulo.

—Supongo que es el jefe de mantenimiento, que tiene algo muy urgente que decirle. Termine pronto, por favor. Estoy esperando una llamada.

—Sí… Sí, señor —el hombre tomó el auricular—. Soy Juan. ¿Qué ocurre?

—…

—Cielo santo… ¡Bajo inmediatamente!

—Colgó, se quedó mirando un instante a Samurái, con los ojos muy abiertos, y, de pronto, dio media vuelta y se dirigió corriendo hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —se interesó Samurái—. ¿Nada…?

—¡Nada, señor!

El empleado desapareció, cerrando rudamente la puerta, y Samurái estuvo unos segundos con la mirada fija en la madera. Luego, lentamente, la desvió hacia la cesta de mimbre. Se acercó a ella, alzó la tapa, y se quedó mirando las arrugadas sábanas y toallas que había dentro. Se inclinó, y en el acto, muy débil, su finísimo oído percibió aquel sonido que no tenía razón de existir en una cesta de ropa sucia:

tic-tac,

tic-tac,

tic-tac,

tictac…

Sacó algunas sábanas y toallas, hasta llegar al pequeño paquete. El

tic-tac

se oía ahora mejor…

* * *

En el montacargas de servicio, el empleado de blanca chaquetilla se estaba quitando ésta. La plegó luego, reduciéndola al máximo. Sacó luego un papel doblado del bolsillo, lo desplegó, y envolvió con él la chaquetilla. Ahora, el empleado era un tipo cualquiera, con una camisa de dibujos tropicales.

Detuvo el montacargas en el segundo piso, y se apeó. Luego fue al ascensor, y lo tomó hasta la planta. Cruzó tranquilamente el

vestíbulo, salió a la avenida, y caminó decididamente hacia un coche, en el cual entró, sentándose junto al conductor, que le miró con gesto inquisitivo.

—¿Y bien?

—Ha salido perfecto, señor Krask. Llamó usted con toda exactitud.

—¿Notaste por su expresión si sospechaba algo? Pudo haber reconocido mi voz, aunque por teléfono suena algo diferente, y la disfracé.

—No notó nada, se lo aseguro —el hombre miró su reloj—. Antes de tres minutos, la bomba habrá explotado. Lástima que desde aquí no podamos ver cómo la terraza salta en mil pedazos hacia el mar, con ese tipo hecho picadillo. De todos modos, oiremos la explosión, naturalmente.

Krask asintió, muy calmoso, un tanto escéptico.

—Esperaremos —murmuró.

Tres minutos más tarde, no se había oído explosión alguna. Ni, cuatro minutos más tarde, ni cinco, ni seis… Lo que ocurrió seis minutos más tarde fue que Samurái salió tranquilamente del hotel, seguido de un botones que portaba su pesada maleta, la cual fue cargada en el taxi que había llegado hacía tres o cuatro minutos.

Cuando Krask miró al hombre, éste estaba pálido, incrédula la expresión. Se dio cuenta de que Krask le miraba, y lo miraba, y lo miró a su vez.

—No lo entiendo…

—Yo sí: él se ha dado cuenta de la jugada.

—No, no, no… Es imposible. Lo único que lo explicaría es que la bomba hubiese tenido algún fallo en los mecanismos de tiempo. No ha funcionado, eso es todo.

Krask no contestó. Estaba mirando el taxi, que se alejaba ya. De pronto, miró a su vecino de asiento, fruncido el ceño.

—Y ahora, ¿qué? —masculló.

—Bueno… No sé.

—¿No sabes? Ve a buscar esa bomba, imbécil: Yo voy ahora mismo al aeropuerto, para tomar el avión a Miami…

—Pero ese hombre va a Ciudad de México, ¿no?

—Sí. Está haciendo todo lo que dijo que haría: ahora irá a Ciudad de México en taxi, directo al Aeropuerto Central, donde

tomará el vuelo que tiene reservado para Miami, adonde llegará a las siete de la tarde… Tengo que llegar antes que él. Ve a buscar esa bomba, y espera noticias mías.

—Lo siento, señor Krask. Le aseguro que preparé…

—Ya hablaremos de esto en otro momento. Apéate.

El hombre llamado Juan se apeó del coche, y éste partió, en dirección opuesta al taxi que había tomado Samurái. Hasta que se perdió de vista, Juan lo estuvo mirando. Luego, refunfuñando, se dirigió de nuevo al hotel, pensando en que, como antes, podría moverse en su interior sin contratiempo alguno. La única dificultad que se le ocurría en aquel momento era la de abrir la puerta de la habitación, pero también eso lo había previsto. ¡Maldito tipo…!

No tuvo la menor dificultad en nada. Pudo abrir puerta de la habitación con la pequeña ganzúa, entró, y se dirigió hacia la cesta donde había dejado la bomba. Alzó la tapa, retiró las sábanas y las toallas, y se quedó mirando el paquete. Lo abrió, dejando al descubierto el paquete de explosivos con el mecanismo de relojería. En seguida comprendió lo que había ocurrido: sencillamente, el reloj se había parado, de modo que la carga jamás explotaría mientras el mecanismo no fuese puesto de nuevo en marcha.

—Maldita sea…

Arrancó las conexiones, pues habría sido estúpido llevarse la carga con el reloj y que éste pudiera ponerse en marcha sin más ni más, tal como habíase detenido. Encontró un periódico sobre la consola de la entrada, y envolvió con él el paquete. Tras vacilar, se quitó también la chaquetilla, realizando la misma operación que antes. Todo lo que tenía que hacer era marcharse…, y esperar las consecuencias de su fallo cuando éste llegase a conocimiento de Phileas Maxwells. Al pensar en esto, Juan palideció, y sintió un ramalazo de frío.

Pero no tenía por qué preocuparse…

Al abrir la puerta, lo vio, inmóvil ante él, mirándole de aquel modo que parecía capaz de atravesar incluso las paredes. Fue tal la sorpresa, que Juan no tuvo ni tiempo de asustarse: cuando el canto de la mano derecha de Samurái cayó sobre su frente, duro como si fuese de granito, Juan se encontró con todos sus problemas resueltos para siempre, pues murió en el acto, con la frente partida como si hubiese sido una galleta. Tan en el acto, que cuando cayó

de espaldas al suelo, ya estaba muerto.

Samurái entró, cerró la puerta, y lo primero que hizo fue echarle un vistazo a la bomba. Tal como había esperado, ya estaba inutilizada, así que se dedicó a sus planes previstos: metió a Juan en la cesta de la ropa, con la bomba y la chaquetilla, salió al pasillo, llamó el montacargas, y metió la cesta dentro. Lo envió abajo, y él regresó por el pasillo hasta el ascensor, el cual tomó, hasta el vestíbulo.

Una vez allí, fue hacia la conserjería, y del bolsillo de la chaqueta sacó la llave de la habitación que había ocupado aquella noche.

—Muchas gracias —dijo.

—¿Estaba su billetera arriba, señor? —se interesó amablemente el conserje.

—Sí, sí. —Samurái la sacó, mostrándola—. Caramba, menudo susto me llevé en el taxi cuando me di cuenta de que no la llevaba. Y menos mal que me di cuenta antes de llegar a Ciudad de México —miró su reloj de pulsera, con gesto preocupado—. ¿Cree que todavía podré llegar a tiempo de tomar el avión?

—Hay una buena autopista —sonrió el conserje—. Estoy seguro de que no tendrá problemas, señor.

Feliz viaje.

—Gracias… Gracias por todo. Adiós.

CAPÍTULO VI

A las siete y cuarto de la tarde, el avión procedente en vuelo directo de Ciudad de México aterrizaba en una de las pistas del Miami International Airport.

Y poco después, en la inspección aduanera, el empleado miraba inquisitivamente a uno de los pasajeros recién llegados, mientras señalaba el contenido del doble compartimento de la abierta maleta.

—¿Y esto?

—Son armas de fabricación japonesa para la práctica de las Artes Marciales. Soy representante de una fábrica japonesa que se dedica a exportarlas, con la debida licencia. Éstas, además de ser sólo una muestra, no están destinadas a ser usadas, salvo en demostraciones deportivas. Aunque para lo que más se venden son para adornar clubs, apartamentos, salas… Ya sabe.

—Sí… Bueno, un momento, por favor.

—En México no me han puesto ningún inconveniente.

—Esto no es México.

El hombre se alejó, y estuvo unos segundos conversando con otro de más edad. Ambos miraron hacia el viajero de las armas. Luego se acercaron los dos, y el de más edad, tras mirar las armas, encogió los hombros.

—Está bien —dijo.

Eran casi las siete cuarenta y cinco cuando Samurái salía del aeropuerto de Miami, seguido de un empleado que cargaba con la pesada maleta a mano, no muy satisfecho. Pero, como siempre, la propina, fue por completo satisfactoria.

Y ya estaba Samurái a punto de entrar en el taxi cuando vio a los cinco hombres que, de pie muy cerca de él, lo miraban

fijamente. Se acercó a ellos, plantándose delante del que tenía la expresión más sombría.

—Hola, señor Krask —saludó amablemente—. ¿Ha recibido ya noticias de Acapulco?

—No —musitó Krask—. ¿Por qué?

—Maté a su hombre. ¿Éstos son los siguientes?

A su pesar, Krask se estremeció.

—¿Lo mató? No es posible. Yo lo dejé cuando usted había partido ya en taxi hacia Ciudad de México.

—Volví. Sabía que él iría a recoger la bomba. Escuche, señor Krask, ¿por qué no ahorramos molestias y vidas? Personalmente, me encanta matar a hombres como usted y sus amigos, pero esto se está haciendo aburrido, monótono.

—Usted no saldrá vivo de Miami.

Samurái miró uno a uno a los cuatro hombres que respaldaban a Krask.

—Los están engañando —murmuró—: ni ustedes ni nadie me impedirán llegar a Estocolmo.

Dio media vuelta, y fue al taxi. Segundos después, éste partía, alejándose del aeropuerto. Cruzaron Miami por la Airport Expressway, hasta Stearns Park, donde se convertía en Julia Tuttle Qauseway, que cruza Biscayne Bay, hasta Miami Beach, la cual cruzaron por Arthur Godfrey Road, hasta Collins Avenue. Una vez en esta hermosa avenida, giraron hacia el Norte. Poco después, el taxi entraba en el Arrow Motel, muy cerca de Indian Beach Park. Finalmente, se detuvo delante de la cabaña donde estaba instalada la conserjería. Alrededor, por entre palmeras y macizos de flores, se veían más cabañas, todas iguales, al parecer. Un lugar muy agradable y tranquilo, frente a la playa.

Ya era de noche.

La maleta fue descargada, y el taxi partió. Samurái dejó la maleta en el porche, y entró en la cabaña-conserjería. Detrás del pequeño mostrador, de pie, había una bellísima rubia, que alzó la mirada de la revista que estaba leyendo con expresión aburrida. Al ver a Samurái sonrió, de un modo sencillamente delicioso.

—¡Hola! —exclamó alegremente.

—Buenas noches —casi sonrió Samurái, colocando su pasaporte sobre el mostrador—. Tengo encargada una cabaña

telegráficamente desde hace un par de semanas.

—No debió molestarse, porque tenemos varias libres —la rubia miró el pasaporte y lo devolvió, colocando seguidamente el libro registro ante él—. Pero, en efecto, aquí consta la reserva. ¿Quiere firmar, por favor, señor Nash?

Samurái firmó, y la muchacha descolgó una de las llaves, disponiéndose a salir de detrás del mostrador.

—No se moleste —dijo Samurái—. Sólo dígame hacia dónde cae la cabaña.

—No es molestia —sonrió ella de nuevos—. Me encantará conversar unos minutos con un hombre que acaba de llegar de Tokio. ¿Vive usted allí?

Samurái quitó suavemente la llave con la placa que ostentaba el número veintiuno de la mano de la muchacha.

—¿Hacia dónde cae la veintiuno?

—Saliendo a la izquierda —frunció el ceño la muchacha—. Si necesita algo, llámeme, por favor.

—Muy amable.

Salió al porche, alzó la maleta…, y se quedó mirando el coche que se había detenido unos quince metros más allá, a la sombra de algunas palmeras. Desde allí podía distinguir perfectamente las siluetas de varios hombres en su interior. Movió la cabeza con un gesto de resignación, y comenzó a caminar, hacia la izquierda. Tardó muy poco en localizar la cabaña veintiuno. Subió al porche, abrió la puerta, y entró, volviendo la cabeza… El coche se había acercado, y estaba a unos diez metros, ahora.

Entró, encendió la luz, y cerró con llave. Se fue directo al dormitorio, colocó la maleta sobre la cama, y la abrió… Miró hacia la puerta, fue allá, localizó el interruptor, y lo accionó… La luz del dormitorio no se encendió.

Probó un par de veces más, con el mismo resultado. Luego, estuvo inmóvil quizá un minuto. Por fin, fue hacia el teléfono, que vislumbraba sobre la mesita de noche, y alzó el auricular.

—¿…?

—Señorita, lamento molestarla, pero no hay luz en el dormitorio de mi cabaña. La veintiuno.

—Sí; seguramente, está fundida.

—Gracias. La espero.

La bella rubia llegó cuatro minutos más tarde. Samurái le abrió la puerta, y se apartó.

—Pase, por favor. Colocaremos la bombilla nueva, y si se enciende es que no hay avería, Ah, veo que trae dos…

—Por si acaso —sonrió ella—. Me alegra poder serle útil. Aunque dada la categoría de este motel no tiene excusa este pequeño percance, ¿verdad?

—Yo creo que no tiene importancia. Deme: yo mismo colocaré una de estas bombillas.

La muchacha le tendió las dos. Samurái guardó una en cada bolsillo, y se dirigió hacia el dormitorio, adelantándose a la rubia. La cual, apenas él hubo vuelto la espalda, descubrió la pistola con silenciador que llevaba sujeta a la media izquierda por medio de una ancha tira de esparadrapo. La empuñó, apuntó a la espalda masculina, y dijo:

—Samurái.

Éste se volvió velozmente, alzando las cejas en un gesto de sorpresa y alarma…

Plop.

Plop, plop, plop…

Samurái lanzó un grito, y saltó hacia atrás, alzando las manos bruscamente. Cayó de cabeza, y quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, fijos en el techo, y la boca crispada en una terrible mueca.

La muchacha se quedó mirándolo, atónita, todavía apuntándole. Movió la cabeza con un gesto de desdén, y se acercó. Se arrodilló junto a Samurái, y adelantó la mano izquierda para tocar un lado del cuello… Al mismo tiempo que hacía esto, se daba cuenta de que no había el menor rastro de sangre en el pecho del hombre que, por lo menos, debía haber recibido dos de los cuatro balazos… Y, también al mismo tiempo, una mano que parecía una tenaza de bronce asía su muñeca derecha, apartándola, mientras los desorbitados ojos de Samurái recobraban su expresión habitual: es decir, ninguna.

Fue la rubia quien abrió mucho los ojos ahora. Y la boca, presta a lanzar un grito… Pero no emitió ni siquiera un gemido: dos dedos de la mano izquierda de Samurái se hundieron con seco impacto bajo su oreja izquierda, y la muchacha se desplomó hacia atrás, como muerta.

Samurái se sentó en el suelo, tomó la pistola, y retiró el cargador, que deslizó por el suelo hacia debajo del sofá. Luego, colocó de nuevo la pistola en el muslo de la rubia, sujetándola con la misma tira de esparadrapo. Después, ya de pie junto a ella, se quedó mirándola críticamente…

* * *

Siempre mirando fijamente hacia la puerta de la cabaña, Krask rompió por fin el silencio que reinaba dentro del coche:

—La ha matado —susurró.

—Quizá ella no ha tenido ocasión todavía —replicó uno de sus cuatro acompañantes—. Puede que lo esté engañando con arrumacos de mujer, ya sabe, señor Krask.

—Lleva ahí dentro más de diez minutos… Más bien creo que Samurái la ha matado, y como nos ha visto, ha escapado por la ventana del dormitorio.

—La luz sigue encendida —señaló otro asesino hacia la ventana que daba al porche.

—Eso no significa nada. Y ese hombre empieza a asustarme de verdad. Yo no creo que Thelma esté engañándolo, sino…

La luz de la ventana que daba al porche se apagó. Krask quedó silencioso de pronto, y, cómo los demás, mirando expectante hacia la puerta…, que se abrió a los pocos segundos. La silueta femenina apareció en la sombra del porche, haciendo un gesto de llamada con un brazo, y volvió a desaparecer en el interior de la cabaña.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Krask—. ¡Pronto, id con Thelma y traed el cadáver al coche! Yo voy a abrir el, maletero.

Salieron los cinco del coche. Krask fue hacia la parte de atrás, mientras los cuatro asesinos caminaban hacia la cabaña, cuya puerta había quedado abierta, por supuesto, y no menos lógicamente, la luz seguía apagada.

Cuando llegaron al porche, uno de ellos dijo:

—Quédate aquí, Baines, y avísanos si viene alguien. Todo está muy tranquilo, pero es mejor no descuidarse.

—Está bien.

El llamado Baines se quedó en el porche, y los otros tres entraron. El que había hablado con Baines cerró la puerta, y tanteó

a la derecha de ésta, mientras decía:

—Voy a encender la luz, Thelma, para que veamos dónde…

La luz se había encendido ya, al accionar el hombre el interruptor. Todavía estaba con la mano en éste cuando oyó la exclamación de uno de sus compañeros, y se volvió para ver qué ocurría… En el mismo momento en que se volvía, el grotesco personaje lanzaba uno de sus aikuchi, que cruzó la sala como un pequeño relámpago, y fue a hundirse con sordo choque en la garganta del hombre que estaba más adelantado hacia el centro.

Mientras este hombre se desplomaba, los otros dos todavía parecían incapaces de reaccionar contemplando aquella extrañísima figura de hombre ataviado con un vestido de mujer, y llevando sobre la cabeza los rubios cabellos, en forma de estrafalaria peluca.

La sorpresa cedió, y ambos hombres llevaron la mano hacia sus armas… mientras el segundo aikuchi cortaba el aire con fino silbido, y se hundía en la garganta de otro de los asesinos, como en repetición de la escena anterior.

El tercer asesino lanzó una exclamación, consiguió sacar la pistola, y apuntó… hacia donde una milésima de segundo antes había estado Samurái, quien, ahora saltando para alejarse de la trayectoria de la bala, lanzaba su tercer puñal, con una potencia escalofriante. Sólo que esta vez, el aikuchi no se hundió en la garganta del adversario de turno, sino en el lado derecho del pecho, con tal fuerza que el hombre fue empujado hacia atrás, chocó contra la puerta, soltando la pistola, y rebotó, cayendo de rodillas. Consiguió mantener el equilibrio apoyando una mano en el suelo, y su desorbitada mirada fue hacia Samurái, que lanzaba su cuarto aikuchi.

Esta vez, la afilada arma encontró el mismo destino que las dos primeras: se hundió en la garganta del hombre, cortando el agudo grito de espanto de éste.

En ese mismo instante, la puerta se abría, y Baines entraba en la cabaña, pistola en mano, muy abiertos los ojos.

—¿Qué…? —Se atragantó con su propio respingo cuando vio correr hacia él al hombre vestido como una mujer, pero conservó la suficiente presencia, de ánimo para disparar.

Fue como si no lo hubiese hecho. Samurái llegó ante él, le asió por la mano derecha, lo acabó de meter en la cabaña de un tirón, y

descargó su otra mano sobre la cabeza de Baines, como un hachazo…; Un hachazo que fue suficiente. El cráneo de Baines crujió, y el asesino se desplomó, con los ojos vueltos hacia dentro…

Junto a la parte de atrás del coche, ya abierto el maletero, Krask captó perfectamente esta escena, y su mano derecha fue velozmente en busca de la pistola. Mientras, la sacaba, algo fue hacia él… Algo pequeño, que lanzó miles de reflejos en su rápido viaje…, que terminó en el dorso de su mano derecha justo cuando sacaba la pistola.

El dolor fue tan intenso que Krask lanzó un gemido, y dejó caer la pistola. Por un instante, como paralizado, vio a Samurái corriendo hacia él, reaccionó, se inclinó a recoger la pistola con la mano izquierda…, y otro objeto brillante silbó en la oscuridad, y fue a clavarse en el dorso de esa mano cuando estaba ya tocando el arma. Otro alarido de dolor, y Krask se irguió, demudado el rostro, con un shuriken clavado en cada mano.

Ya no fue capaz de reaccionar. Cuando vino a darse cuenta, Samurái estaba ante él, con otro shuriken en la mano. Lo puso ante los desorbitados ojos de Krask, que tuvo que bizquear para poder ver la estrella plana de metal, de unos diez centímetros de diámetro, idéntica a las que tenía clavadas en las manos. Las lejanas luces se reflejaban fríamente en las afiladas puntas del arma arrojadiza oriental.

—Un solo movimiento más, señor Krask, y le degüello con el shuriken.

Krask consiguió tragar saliva, por fin. Miró hacia la cabaña, y de nuevo al hombre vestido de mujer que tenía delante. No sabía qué decir ni qué hacer, pero Samurái revolvió sus dudas.

—Camine hacia la cabaña.

Krask comenzó a caminar. Samurái se inclinó, recogió la pistola, y fue tras él. Entraron los dos en la cabaña, y mientras Samurái cerraba la puerta, Krask abarcaba de un vistazo la sangrienta escena: tres hombres muertos, dos de ellos con un puñal en la garganta, y el tercero con otro en el pecho, además.

Junto a sus pies, Baines, que tenía los ojos en blanco y la cabeza hendida. Más allá, sobre el sofá, vio a Thelma, atada de pies y manos y amordazada… Es decir, parecía Thelma, pero…

—Es de esperar que el cabello volverá a crecerle —dijo Samurái,

junto a él.

Krask se pasó la lengua por los labios. No podía apartar la mirada de la cabeza de Thelma, cuyos cabellos habían sido cortados de cualquier modo, a tijeretazos, dejándole solo unos cuantos mechones cortos y desiguales… Estaba horrible. Krask desvió de nuevo la mirada hacia Samurái, y vio la peluca que éste había improvisado; ahora resultaba increíble, pero lo cierto era que, entre aquella peluca rápidamente improvisada y el vestido de Thelma, los había engañado. Una silueta femenina en la oscuridad del porche había sido suficiente para engañar a cinco hombres…

De pronto, Krask se dio cuenta de que había sangre en el costado derecho de Samurái, y un destello de esperanza apareció en sus ojos. En el acto, se dio cuenta de que Samurái le miraba con fría ironía.

—No es nada —dijo Samurái—. Una rozadura de la bala que me disparó Baines. Vaya a sentarse junto a Thelma. Y si despierta, dedíquese a consolarla. Tengo la esperanza de que se comporte usted con inteligencia, señor Krask.

—¿No… no va a matarme?

—¿A usted? No. Todavía no. Es mi testigo de que voy pasando por los lugares que indiqué en Honolulú. Y además, le necesito.

—¿Me necesita… a mí? ¿Para qué?

—Para que se lleve de aquí a sus amigos. Quiero que los meta en el coche, y se los lleve. Pero antes quizá convendría cuidar un poco sus manos. Quédese completamente quieto, y retiraré los shuriken sin que le duela demasiado. De todos modos, no grité…, por favor.

Lo tomó de un brazo, lo hizo sentar junto a Thelma, y le arrancó los dos shuriken a la vez, con seco y hábil tirón. Iba a decir que había tenido suerte de que no los hubiese impregnado de veneno, pero Krask no le habría oído: se había desmayado. Lo cual pareció dejar estupefacto a Samurái unos segundos. Movió la cabeza, encogió los hombros, y se quitó el vestido de Thelma, tirándolo a un rincón, junto con la peluca. Se puso sus ropas, tras colocarse una tira de esparadrapo sobre la herida del costado. Del maletín de aseo sacó un rollo de venda de hilo, y regresó al saloncito. En pocos minutos, dejó vendadas aceptablemente las manos de Krask, que durante ese tiempo recuperó el conocimiento, y se quedó mirándolo aterrado.

—Hay algunas manchitas de sangre por el piso —dijo sosegadamente Samurái—, que tendremos que limpiar. Tómeselo con calma, señor Krask, porque si intenta algo, le mataré.

Mientras limpiaban las manchas de sangre, Thelma, recuperó el conocimiento, y se quedó mirando a Samurái, que le dirigió una indiferente mirada. Terminada la operación de limpieza, se acercó a ella y dijo, con tono amable, mientras le quitaba la mordaza:

—No se torture más buscando una solución, Thelma. Mientras usted venía hacia aquí, me puse una chaqueta con forro especial de titanio. No hay bala que pueda atravesar ese material.

—Entonces, debí dispararle a la cabeza —susurró ella, tras aspirar profundamente.

—Sí, en efecto. Pero ya calculé que no lo haría: siempre es más fácil acertar una espalda que una cabeza.

—Pero pude dispararle a la cabeza.

Samurái asintió, diciendo:

—Pero, no lo hizo. Le voy a devolver sus ropas y sus cabellos, y podrá marcharse… por esta vez.

Thelma pareció no comprender. Luego, movió la cabeza, y palideció intensamente.

—¿Qué me ha hecho? —gritó—. ¿Qué ha hecho con mi cabeza?

—La tiene en su sitio: confórmese con eso.

Thelma miró a Krask, que bajó la mirada. Le dolían las manos cada vez más, y estaba muy pálido, demudado. Samurái le señaló la puerta, y fueron los dos hacia allí; salieron de la cabaña, ocuparon el asiento delantero del coche, Krask al volante, y Samurái señaló hacia la cabaña.

—¡Coloque el coche delante del porche! ¿Puede conducir?

—Creo que sí.

Pudo hacerlo. Y poco después, Thelma y los cuatro asesinos estaban en el coche. La mujer en el asiento delantero, todavía atada, y los cuatro hombres apilados atrás… Samurái los cubrió con una manta de viaje que encontró en el maletero, y cerró éste. Siempre junto a Krask fueron a recoger las ropas y los cabellos de Thelma, que tiraron sobre el regazo de ésta. Thelma volvió a palidecer, y dejó caer la cabeza sobre su casi descubierto pecho.

—¿Quién había en la conserjería? —preguntó Samurái.

—Un hombre, —murmuró Krask.

—¿Lo han matado?

—No… Si Thelma siguió mis instrucciones, el hombre debe estar en su cuarto de la cabaña, bien empaquetado.

—Está bien. Ya puede marcharse, señor Krask. Y cuídese esas manos… ¿Nos veremos en Nueva York?

Krask tragó saliva, asintió con la, cabeza, y fue a sentarse ante el volante del coche. Segundos después, salía del motel, con su fúnebre cargamento.

Samurái regresó a su cabaña, se aseguró de que todo estaba en orden, y que las pistolas y las balas disparadas estaban todas, y recordó de pronto el cargador de la pistola de Thelma. Lo recogió de debajo del sofá, hizo un paquete con todo, y lo dejó sobre una mesita. Frunció el ceño de pronto, y movió los hombros. Fue al cuarto de baño, se quitó la ropa de cintura para arriba, y se colocó de espaldas al espejo. Su ceño se frunció hoscamente ahora, al ver los grandes hematomas producidos por las balas. Pero, ciertamente, aquello era mucho menos malo que haber encajado las cuatro balas en la espalda…

Se puso de nuevo las ropas, y salió de la cabaña, dirigiéndose hacia la conserjería. Al pasar cerca de unas matas, tiró allí el paquete que contenía las armas y las balas, y siguió su camino. Eran alrededor, de las nueve de la noche, y parecía que todo estaba en calma. El Arrow era, sin duda alguna, un motel muy tranquilo…

Pasó detrás del mostrador, tomó una hoja de papel con el membrete del motel, y tras reflexionar unos segundos, escribió:

> «Señorita:
>
> »Un inesperado asunto urgente me obliga a marcharme inmediatamente de Miami. Con esta nota, le dejo el importe del hospedaje. Perdóneme por no despedirme personalmente, pero no he conseguido localizarla, y, como le digo, es urgente.
>
> »Glenn Nash».

Bien… Podía marcharse. Fuese lo que fuese lo que dijera el auténtico conserje del Arrow Motel cuando alguien lo libertase, él sólo sería una persona que había aceptado a la señorita que le había

recibido, y que luego, por asuntos urgentes, había tenido que abandonar el motel.

Cinco minutos más tarde, a pie, cargado con su maleta y su maletín. Samurái abandonaba el motel.

CAPÍTULO VII

—Los señores pasajeros con destino a París, sírvanse…

Samurái alzó la cabeza, escuchó el resto del aviso, y se puso en pie, tras recoger su maletín de junto a sus pies. Se dirigió hacia la salida de la sala de espera, todavía un poco sorprendido por no haber visto por allí a Krask, qué había dicho que se verían también en Nueva York.

Pero todavía le esperaban más sorpresas… Aquél iba a ser el vuelo de las sorpresas.

La primera de ellas la constituyó la presencia de Claudine Duvalier. La muchacha apareció de pronto, caminando en la misma dirección que él, y mirándole con los ojos muy abiertos, anhelante.

Samurái permaneció inexpresivo, como si no la conociese…, pero, precisamente al verla, se dio cuenta de que había estado pensando constantemente en ella desde que se habían separado al llegar a Acapulco. Es decir, desde el mismo instante en que la dejó en su camarote, para realizar el resto del viaje en el Ondina como si no se conocieran…

La segunda sorpresa la tuvo bastante más tarde, cuando ya hacía más de una hora que habían dejado la costa americana atrás, y volaban sobre un mar gris y agitado. Una azafata se acercó a él, con gesto amable.

—¿Señor Nash?

—Sí…

—Hay dos caballeros en el bar que me han pedido que le comunique que desean hablar con usted.

—Gracias.

Se puso en pie, salió al pasillo, y caminó hacia popa. Al pasar junto a Claudine Duvalier, que ocupaba un asiento cuatro filas más

atrás, la miró, serio como una esfinge, ignorando el intento de sonrisa de la muchacha, a la que todavía pudo ver morderse los labios y bajar la cabeza.

Llegó al bar, y en el acto vio a los dos hombres que ocupaban un extremo del pequeño diván semicircular. Había más personas allí, pero Samurái se dirigió directamente hacia ellos. No había más hombres juntos que ellos. Su mirada fue de uno a otro, inexpresiva, intentando encontrar algún detalle revelador en ellos. Y encontró dos… Uno, que no parecían llevar armas. Dos, que parecían inteligentes, serenos, fríos. Uno de ellos debía tener quizá cincuenta años. El otro poco más de treinta. Vestían con elegancia y sobriedad, y ambos se pusieron en pie cuando se detuvo ante ellos.

—¿Señor Nash? Por favor, siéntese. Quisiéramos sostener una breve conversación con usted. Somos empleados del señor Maxwells.

—Entonces, deben llamarme Samurái —dijo éste, sentándose a la derecha de ambos, que le imitaron.

—Como guste —siguió hablando el de más edad—. Y puestas así las cosas, no creo que tenga el menor interés por conocer nuestros nombres, ¿verdad?

—Verdad. ¿Cuál es la oferta?

—Estamos seguros de que le va a parecer no sólo razonable, sino muy interesante. Nosotros pensamos…

—¿Cuál es la oferta?

—Le compramos su documento. Ya sabe: el que tiene usted firmado por el señor Maxwells. El testamento a favor de usted.

—¿Significa eso que el señor Maxwells quiere echarse atrás en lo convenido?

—Estamos autorizados a pagarle un millón de dólares por esos documentos. En efectivo, en cuanto lleguemos a París. Usted cobra, se olvida del asunto, y aquí no ha pasado nada.

—Al decir que me olvido del asunto…, ¿quieren decir que debo desistir de matar al señor Maxwells?

—Naturalmente.

—Ustedes son un par de cretinos.

—¡Oiga…! —exclamó el más joven, enrojeciendo.

—Calma, Stuart —lo apaciguó el de más edad, poniéndole una mano en un brazo—. ¿Por qué somos cretinos, señor Samurái?

—Porque han venido a ofrecerme un millón de dólares por unos documentos que dentro de unos días me reportarán doce millones… O son cretinos ustedes, o piensan qué el cretino soy yo.

—Entiendo su punto de vista —asintió el otro—. Pero todo esto ha llegado ya demasiado lejos… En nuestra opinión…

—Su opinión no interesa. Me voy a extender un poco más sobre mi punto de vista. En primer lugar, el señor Maxwells aceptó la apuesta, y todo está firmado y legalizado… Claro está que el señor Maxwells aceptó porque estaba convencido de que yo no iba a llegar ni siquiera a Los Ángeles.

Ahora empieza a tener sus dudas y temores, y pretende embaucarme, ya sin la preocupación de que su testamento obre en mi poder. En segundo lugar, el señor Maxwells parece no haber entendido bien cuál es mi postura, mi objetivo: básicamente, mi objetivo es matarlo a él. Lo del dinero es una cuestión secundaria, aunque tengo un gran interés en recuperarlo para entregarlo a quienes fueron estafados, y el resto, a entidades benéficas…

—Usted bromea —gruñó el más joven.

Samurái le dirigió una lenta e impávida mirada.

—No sea estúpido —susurró—. ¿Le parece que todo esto es para tomárselo a broma?

El de más edad tuvo que contener de nuevo a su joven acompañante, que volvió a enrojecer.

—Quizá podríamos buscar otra fórmula para nuestra oferta, señor Samurái.

—No existe esa fórmula. Quiero matar a Phileas Maxwells, y eso es todo. La conversación ha terminado. Y usted parece lo bastante inteligente para comprender que ya no debe insistir más.

—De acuerdo —musitó el hombre—. Pero quizá sería tan amable de aclararme una duda que me tiene atónito, señor Samurái: ¿por qué quiere matar al señor Maxwells?

—Es un canalla, y estoy seguro de que usted lo sabe bien. Le supongo empleado de él, como tantos otros, así que voy a decirle algo para que haga correr la voz: cuando el señor Maxwells muera, todo su imperio de estafas, asesinatos, expoliaciones y demás suciedades quedará sin jefe. Pues bien: aquel de ustedes que opte por ocupar su lugar, será el siguiente en morir. Por lo tanto, una vez muerto el señor Maxwells, les sugiero que se dediquen a servir

causas más honestas. Es el único modo de sobrevivir a Samurái.

—Esto es fantástico —sonrió de pronto el hombre—. Pero si usted consigue matar al señor Maxwells, creo que todos nosotros optaremos por seguir su… amable sugerencia. Buenas tardes, señor Samurái.

—Buenas tardes.

Los dos hombres abandonaron el bar, y Samurái quedó solo, pensativo, con las manos sobre la brillante mesita que tenía ante él. Un par de minutos más tarde, de pronto, desvió la mirada hacia la entrada al bar, y la vio allí, mirándole de aquel modo fijo, temeroso y esperanzado a la vez: Se puso en pie, se acercó a ella, y la miró con expresión más bien amable.

—¿No nos conocemos de algo, señorita?

—Oh, sí… ¡Oh, sí, Samurái, sí…! —exclamó Claudine.

—¿Te has enterado de la… sesión de peluquería que realicé con una tal Thelma?

—¿Qué… qué…?

—Vamos a sentarnos. ¿Qué quieres tomar?

—Lo… lo mismo que tomes tú…

Samurái asintió, encaminó a Claudine hacia el diván, y él fue al mostrador, donde conversó unos segundos con el camarero. Luego fue a sentarse junto a Claudine, y tras mirarla como estudiándola con cierta perplejidad, dijo:

—Debes tener un encanto especial: no he conseguido dejar de pensar en ti.

—Oh… ¡Oh!

—Y eso a pesar de que en Miami conocí a una chica rubia, como tú. Aunque sus cabellos no eran tan bonitos. —Samurái tomó un mechón de cabellos de Claudine, con un gesto suave, amable—. ¿De verdad no conoces a una tal Thelma, ni sabes que le corté el cabello con unas tijeras?

—No. —Claudine tragó saliva—. No, no.

—Claudine. —Samurái soltó sus cabellos—: te dije que si volvías a ponerte en mi camino te mataría… ¿Lo recuerdas?

—Sí…

—En ese caso, ¿por qué lo has hecho?

—Porque te amo.

Samurái se quedó mirándola. El camarero llegó, sirvió dos

botellitas de agua, y se alejó. Samurái escanció agua en los dos vasos, y tendió uno a Claudine.

—Salud —murmuró.

—Es… es agua…

—Inodora, incolora, insípida. H_2O. En efecto, agua. No hace daño a nadie. Salud.

—Sa… salud…

Bebieron los dos.

—¿Vives en un apartamento o en la propia *boutique*? —preguntó de pronto Samurái.

—En la propia *boutique*. Hay en la trastienda una vivienda espaciosa y agradable… al menos, a mí me parece agradable. ¡Pero si quieres, ahora puedo comprar un apartamento!

—La idea es buena… ¡Un apartamento algo soleado, en una calle elegante y tranquila…! ¡Y en París!

Pero de momento puedo conformarme con la *boutique*.

—¿Quieres… quieres decir que… que…?

—Siempre y cuando me invites, claro está. Estoy un poco aburrido de ir de hotel en hotel. Bien…, ¿me invitas o no?

—Oh, sí… ¡Sí, sí, sí!

—Seguramente, te sorprende mi cambio de actitud, ¿verdad?

—No me importa… Samurái, si vas a estar conmigo no me importa nada… Yo haré siempre lo que tú quieras.

Samurái movió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Eres una chica… extraña, Claudine. He conocido mujeres de todas las clases y razas. Europeas y americanas ariscas, orientales sumisas… La mayoría, muy bellas, pero siempre les faltaba algo… No sabría decirte exactamente el qué, pero les faltaba algo. Claro, eso de acuerdo a mis gustos. Creo que, ante todo, una mujer debe ser… confortable.

—¿Con… fortable?

—Sí. ¿Cómo te lo explicaría…? Acogedora, ¿comprendes? Una mujer debe tener un gesto, una expresión, una actitud que al hombre le parezca acogedora, que no tema en ningún momento ser rechazado o ignorado… Tú reúnes todas esas cualidades: nada más verte, produces esa impresión cálida y tierna de piel acogedora, de mirada dulce, de sumisión tan inteligente que se convierte en auténtica compañía… No es fácil para un hombre encontrar una

mujer así.

—Pu… pues si tú ya la has encontrado…, ¡no la dejes escapar! —rió nerviosamente Claudine, un poco sofocada.

—Ésa es la idea. ¿Te gustaría venir conmigo a Estocolmo?

—¿A…? ¡Pero allí es donde… donde…!

—Sí. Allí tengo que matar a Phileas Maxwells… ¿Has visto a los dos hombres que estaban conmigo?

—Sí.

—¿Los conocías de antes?

—No.

—Ya. Bien… Si te atreves a venir a Estocolmo conmigo, lo mejor será que en París nos ocupemos cuanto antes de tu pasaje en avión. Y si no encontramos, para el vuelo en el que yo tengo reserva, cambiaré ese vuelo. Lo importante es estar juntos, ¿no te parece?

—Sí… ¡Sí!

Samurái quedó pensativo unos segundos, antes de decir:

—Sólo me queda por hacerte una advertencia: si en cualquier momento ves que las cosas se ponen mal, aléjate de mi lado a toda prisa.

—¿Crees que en París querrán… matarte?

—En París y en todas partes —susurró Samurái.

* * *

Se equivocó. A las diez de la noche, hora de París, el avión, procedente de Nueva York tomaba tierra en el aeropuerto de Orly. A las diez y media, tomaban un taxi con destino a la capital francesa, a la cual llegaron en veinte minutos escasos. A las once y cuarto, el taxi se detenía ante el número 231 de la rue Saint Honoré, y, mientras el taxista descargaba los equipajes de ambos, Samurái miró la fachada de la *boutique*. Sí, existía tal *boutique*, y Samurái comenzó a tener ciertas dudas.

Se las arreglaron para cargar entre los dos el equipaje, y Claudine fue hacia el portal contiguo a la tienda. En el vestíbulo, al fondo, había una puerta, que la muchacha abrió, explicando:

—No hace falta cruzar la tienda para llegar a la vivienda. Por esta puerta llegamos directamente.

—Me parece muy bien.

Entraron, ella encendió luz, y él cerró la puerta. Había un pequeño vestíbulo, luego un corto pasillo, y por él llegaron a una salita-comedor que a Samurái le pareció sencillamente encantadora, decorada con espíritu, juvenil y alegre, con gran gusto. Esa clase de sitio donde un hombre puede tumbarse en el sofá sin quitarse los zapatos y dedicarse a dejar pasar el tiempo en paz y silencio. O escuchando música. O amando…

—¿Te… te gusta?

—Es muy agradable —murmuró Samurái.

—Por ese pasillo —señaló una puerta al fondo a la izquierda— se llega a la tienda. Esa puerta es la de la cocina, ésa la del cuarto de baño, y ésa la del dormitorio… Sólo hay uno.

—Suficiente para una persona.

—Eso parece… ¿Quieres tomar algo? Siempre tengo una botella de champaña en el refrigerador. Si por una vez quisieras…

—Supongo que la ocasión bien lo merece. Me has dicho que la cocina está en…

—Oh, yo te serviré… Siéntate.

Samurái se quedó mirando los hermosos ojos de terciopelo, fijamente. Tenían un brillo especial, inconfundible; un intenso brillo de felicidad, de amor, de alegría… Ella sonrió al verse mirada tan fijamente, en absoluto impresionada por la profundidad de aquellas dos negras piedras inexpresivas.

Samurái fue hacia la puerta de la cocina, y la abrió, apartándose. Metió un brazo, localizó el interruptor de la luz, y la encendió. No pasó nada… No había nadie allí. Luego fue a mirar en el cuarto de baño, y en el dormitorio… Se aseguró de que la puerta que comunicaba con la tienda quedaba cerrada, y se volvió a mirar a Claudine, que lo había estado mirando en silencio.

Pero entonces dijo:

—No debes temer nada de mí, Samurái.

—Ve a buscar el champaña… Yo descorcharé la botella.

—Lo que tú digas.

Claudine desapareció en el interior de la cocina, y Samurái abrió su maleta, sacó los cuatro aikuchi con sus respectivas fundas, y se los colocó en la pierna izquierda, bien sujetos. Luego, se metió, el nunchaku en la cintura, de modo que quedó oculto por la chaqueta, que, por supuesto, era la que tenía el doble forro de titanio, capaz

de detener cualquier bala. Resultaba bastante pesada, pero muy conveniente.

Cerró la maleta, y miró hacia la puerta de la cocina.

«¿Y si me estuviera equivocando?», pensó.

Claudine salió un par de minutos después, con la botella de champaña y dos copas, que dejó sobre una mesita delante del sofá. Samurái, miró la botella, que conservaba el cierre intacto. Luego se acercó a Claudine, y la abrazó por la cintura… con cierta precaución como si temiera algo.

—Si quieres —susurró ella—, llévame ante una pantalla de rayos X, para que puedas ver que no tengo ningún arma.

La soltó.

—Está bien, déjalo.

—Si temes algo de mí…, ¿por qué has querido venir aquí conmigo? —murmuró ella.

Él se sentó, destapó la botella, y sirvió champaña en las dos copas. Estaba haciendo lo posible por alejar aquella inquietud, aquel presentimiento de peligro… No había visto a Krask ni en Nueva York ni en París. Y desde Miami, nadie había intentado nada contra él. En cambio, le habían hecho una oferta que ponía de manifiesto el temor, o, al menos, la recién adquirida prudencia por parte de Phileas Maxwells.

—¿Quieres que ponga música? —preguntó Claudine.

—Sí, por favor.

—¿Te gusta alguna especial?

—Si es buena, me gusta toda.

Claudine colocó un disco en el plato del magnífico equipo estereofónico, y fue a sentarse en el sofá, junto a Samurái, que entornó los ojos al oír las primeras notas musicales.

—Chopin: Nocturno —susurró—. Muy adecuado.

Ella tomó las dos copas, y le tendió una. Sonrió al comprender que Samurái estaba esperando que ella bebiese primero, y lo hizo. Samurái bebió a su vez.

—¿Quieres que hablemos de algo o prefieres el silencio? —preguntó Claudine.

—Si no tienes nada que decirme, prefiero el silencio.

—Todo lo que tenía que decirte —musitó ella—, ya te lo he dicho, mi amor.

Samurái asintió, y apuró la copa de champaña. Ella hizo lo mismo, y sirvió más. La música lo llenaba todo, en tono bajo, discreto. Estaba en un sitio agradable, bebiendo champaña francés, y tenía junto a él a una mujer bellísima, de dulces ojos de terciopelo, confortable… Confortable. Samurái la miró, a los ojos, y ella sonrió, mientras bebía otro sorbito de champaña; «¿Y si me estoy equivocando?», volvió a pensar Samurái.

Claudine se acercó más a él, y le rodeó el cuello con los brazos, acercando su sonrosada boquita al duro pliegue de los labios masculinos.

—¿No te enfadarás si te beso? —susurró.

Samurái no contestó. Ella le besó, muy despacio, en una caricia suave, tierna… Luego suspiró, y apoyó su mejilla en el pecho y hombro de él, que permaneció inmóvil. ¿Y si se estuviese equivocando?

La música terminó, pero ni Samurái ni Claudine se movieron. Todo quedó en silencio. En un completo, profundo silencio. Bajo su barbilla, Samurái oía la respiración tranquila de la muchacha.

Vio que tenía los ojos cerrados.

—¿Tienes sueño?

—No. Pero estoy bien aquí… ¿Quieres que ponga más música?

Si ponía más música. Samurái dejaría de «oír» aquel silencio en el que cualquier pequeño ruido destacaría inmediatamente.

—No.

Claudine suspiró profundamente, retiró sus brazos del cuello de Samurái y se abrazó a su cintura.

* * *

Samurái miró su reloj de pulsera. Luego, movió el hombro derecho, musitando:

—Claudine. Tuvo que apartarla de su pecho, y volver a pronunciar su nombre. Claudine abrió los ojos, y sonrió enseguida.

—Oh… Me he quedado dormida… ¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto.

La deliciosa boquita de Claudine quedó abierta en un gesto de pasmo. Luego se echó a reír.

—¡Pretendes burlarte de mí! ¿Qué hora…?

—Las ocho menos cuarto. Has dormido toda la noche.

—Pero…

—Si quieres venir conmigo a Estocolmo, será mejor que nos ocupemos cuanto antes de conseguir tu pasaje.

Capítulo VIII

Krask colgó el auricular del teléfono, miró a Phileas Duggan Maxwells, y musitó:

—Acaban de salir de Orly, vuelo 79 de la SAS. Llegarán al aeropuerto de Arlanda a las… —Miró su reloj—, a las cinco y media. A las seis y media. Samurái puede estar aquí.

—Está bien —asintió Phileas Maxwells.

Era poco más de las tres de la tarde, pero ya empezaba a oscurecer. Phileas Maxwells miró por la ventana del gran y confortable salón, y vio la nieve, que seguía cayendo mansamente, a copos muy menudos. No se oía nada. Tiempo atrás había escogido aquel lugar, cerca de la pequeña población de Nynashamn, unos cincuenta kilómetros al sur de Estocolmo, precisamente por eso: por el silencio, por el aislamiento, por tener un lugar retirado donde no pudiese ser molestado por nadie.

Muy pocas personas sabían que él tenía aquel chalet en Nynashamn. Pero Samurái se había enterado… Se había enterado de todo lo referente a él. Como lo hubiera conseguido, era cosa que ya no tenía la menor importancia. Lo sabía todo, y basta…

—Seguramente alquilará un coche para venir hasta aquí —dijo de pronto Krask—. Conociéndole como le conozco ya, pienso que incluso lo debe tener reservado hace tiempo. Quizá sería mejor que saliésemos a su encuentro en la carretera, señor Maxwells.

Maxwells se puso en pie, y fue hacia la ventana. Allí dentro, el ambiente era muy grato, cálido, gracias a la calefacción, y a la chimenea encendida, muy grande, adecuada en todo al lujo de la casa.

Pero afuera, la nieve seguía cayendo… Dentro de muy poco, cuando llegase diciembre, caería con mucha más densidad, y,

aunque estaban cerca de la costa, con lo que el mar atemperaba un poco al ambiente, la nieve se quedaría allí por lo menos hasta enero, quizá febrero…

Maxwells se imaginó el coche que llegaba, con Samurái al volante, y movió negativamente la cabeza.

—No. Quiero que llegue hasta aquí. En la carretera, quizá se las arreglaría para escapar de la trampa.

En cambio, de aquí no saldrá con vida.

—No sé —murmuró Krask.

Maxwells se volvió, y lo miró con irritación.

—¿No sabes? ¿Qué quieres decir?

—Seguramente, ese hombre es un loco…, pero yo, ahora, no apostaría mi vida contra él. Y en su lugar, señor Maxwells, hubiese insistido en matarlo en Nueva York o en París.

—¿Para qué molestarse más? Es un hueso duro de roer, ¿no es cierto? Pues se le deja llegar de una vez, y aquí se le hace pedazos. Eso es todo.

Krask dejó de mirar a su jefe, para mirarse las vendadas manos. Todavía, cuando recordaba, el brillo de aquellas… «cosas» que Samurái le había tirado, se estremecía. Era como si volviese a sentir los pinchazos. ¿Hacerlo pedazos? Seguramente sí, esta vez Samurái sería eliminado, pero no sería él quien se confiase. En la casa, además de Maxwells y de él mismo, había otros dos hombres, dos de los más eficaces guardaespaldas de Maxwells cuando estaba en Nueva York. Esos dos hombres podrían haber intentado matar a Samurái allá, pero las órdenes de Maxwells cuando lo llamó desde Miami fueron tajantes y definitivas: basta, que llegue a Suecia.

Afuera, en el jardín cubierto de nieve y con abundantes abetos, había ocho hombres más. Todos ellos profesionales en aquella clase de asuntos. Para ellos, matar era una labor como otra cualquiera… En total, doce hombres esperarían a Samurái en aquella casa cercana a Nynashamn y rodeada de un bonito jardín. Doce hombres armados con pistolas automáticas, y seis de ellos, con rifles también automáticos, que podían disparar cuarenta balas en unos pocos segundos. En el tejado habían sido dispuestos unos focos que se encenderían en el momento oportuno… Oportuno para ellos, no para Samurái, que se encontraría deslumbrado, cazado como una mariposa. Pensando con la debida cordura, Krask debía convenir en

que era imposible que Samurái consiguiese ni tan siquiera llegar a la casa.

Pero…

—¿Se sabe algo más de la mujer que le acompaña? —preguntó Maxwells.

—No. Es una joven que tiene una tienda de modas para señora, en la rue Saint Honoré, eso es todo.

—Pero dices que la viste llegar con él a Los Ángeles.

—Sí. Y también la vi bajar del Ondina. Pero ya no iba con él.

Maxwells frunció el ceño, y volvió a mirar al exterior, a la blancura de la nieve. Sí, estaba oscureciendo, lentamente… Cuando Samurái llegase a Suecia, ya sería de noche. Otra cosa más contra él, si pretendía atacar en cuanto llegase: en la nieve, sería visto con gran facilidad. Y apenas apareciese, acercándose a la casa por cualquier medio, lo despedazarían a balazos. Maxwells había pensado incluso en utilizar ametralladoras y granadas de mano, pero la idea fue desechada, pues podía complicarle la vida. Las pistolas y los rifles automáticos, con silenciador especial, harían una labor muy discreta. En cambio, no era posible poner silenciador a una granada, y por supuesto, si algunas estallaban en su jardín, la policía y los curiosos acudirían rápidamente… No, no le interesaba.

—Sea quien fuere —dijo de pronto— que la maten también.

Krask asintió, y volvió a mirarse las manos. Podía utilizar una pistola, pero no con soltura. De todos modos, quizá estaba un poco impresionado por Samurái, quien a fin de cuentas, era sólo un hombre… al que estaban esperando doce.

* * *

Tit-tit-tit-tit…

Krask tomó la pequeña radio que tenía junto a él en el sofá, y abrió el canal de recepción.

—Sí —murmuró.

—Ya están camino de Nynashamn —se oyó claramente la voz de un hombre en el pequeño aparato, un tanto metalizada—. Seguro que tenía un coche reservado. Como máximo, tardarán una hora en llegar, a pesar de que conduce con mucha prudencia.

—¿La chica va con él?

—Sí, sí. ¿Qué hacemos?

Krask miró a Maxwells, que, sentado en un sillón, escuchaba la conversación.

—Que sigan tras él, y si llega a ser necesario, que le ataquen por la espalda cuando lleguen aquí.

Krask transmitió la orden de su jefe, añadiendo:

—Avísanos cuando detenga el coche, y dinos desde dónde se dirige a pie hacia la casa.

—Bien.

El contacto fue cortado. Krask dejó la radio, y miró a los silenciosos hombres que esperaban en el salón.

Les hizo una seña, y todos menos dos se dirigieron a la puerta, recogiendo al pasar las armas que tenían preparadas para recibir a aquel loco llamado Samurái. Todos sabían lo que tenían que hacer…

Desde allí, todavía pudo verlos, en el vestíbulo, poniéndose los chaquetones forrados de piel. Allá afuera, la temperatura debía ser quizá incluso inferior a los cero grados centígrados… Krask miró a los dos hombres que habían quedado allí, con él y con Maxwells: Stanton y Regan, dos peligrosísimos sujetos, sin duda alguna.

—Apagaremos la luz cuando termine de hablar por última vez con Jacques.

Los dos hombres asintieron, en silencio. Sobraban instrucciones de última hora, porque todo estaba hablado y previsto.

O casi todo…

Casi cincuenta minutos más tarde, se volvió a oír el tit-tit-tit de la llamada por radio, y Krask la admitió rápidamente.

—Dime, Jacques.

—Lo hemos perdido.

Fue como si una bomba de hielo acabase de explotar en el caldeado, lujoso salón. Krask tardó un par de segundos en poder reaccionar.

—¿Lo habéis perdido? —jadeó—. Pero… ¿qué dices, imbécil?

—Lo hemos perdido. Han cruzado Nynashamn, y al salir de la población, el coche se ha detenido, a un lado de la carretera. La mujer se ha quedado dentro, pero el hombre ha salido. Hemos ido tras él, a ver qué camino tomaba para acercarse a pie ahí, y… ya no lo hemos visto más.

—Pero ¿cómo que no lo habéis visto más? ¡Imbécil y mil veces imbécil, la madre que…! ¿Qué quiere decir que no lo habéis visto más?

—Ha desaparecido.

—¡Pero, idiota maldito que el diablo se lleve…! ¿Cómo va a desaparecer una persona? ¿Dónde y cómo ha desaparecido?

—No lo sé. Ha desaparecido.

—Cierra eso ya —masculló Maxwells, lívido el rostro—. Y apaguemos la luz. Sea por donde sea, sabemos que vendrá hacia aquí.

Krask cerró la radio. Estaba tan lívido como su jefe. En cambio, Stanton y Regan parecían divertidos. ¿Tanto temor por un solo hombre que llegara por donde llegase quedaría bajo la luz de los focos del tejado? Y había doce hombres esperándole…

CAPÍTULO IX

Los ocho hombres que estaban fuera de la casa quedaron de pronto como tragados por la oscuridad cuando las luces de aquélla se apagaron.

Se habían distribuido por parejas, guardando cada una de ellas un lado de la casa. Y cada pareja había ocupado dos posiciones distintas: un hombre tendido sobre la nieve, detrás del tronco de un abeto; el otro hombre, subido a las ramas de ese mismo abeto.

Es decir, que, en efecto, llegara por donde llegase la visita, sería vista por lo menos por una de las cuatro parejas en cuanto las luces del tejado se encendiesen. Por otro lado, al jardín llegaba un cierto resplandor procedente de Nynashamn, que muy pronto disipó las tinieblas totales de los hombres que esperaban. A ese cierto resplandor, cualquier hombre sería visto en cuanto entrase en el jardín nevado.

Los minutos fueron pasando. El silencio era absoluto… Un minuto, dos, tres… Diez minutos. Quince minutos. Veinte…

El que estaba en lo alto del abeto, en el lado derecho de la casa, bajó la cabeza, y por entre las ramas vio a su compañero.

—Horenson —musitó.

—¿Qué?

—Si apagaron las luces hace…

¡Fsss…, toc!

El hombre que estaba en lo alto del abeto lanzó un fuerte gemido, soltó el rifle automático, y se llevó ambas manos al pecho, allá donde se había clavado profundamente la flecha. Se quedó con las manos crispadas en el delgado dardo, desorbitados los ojos, todavía manteniendo el equilibrio sobre la rama. El rifle cayó sobre la nieve, tras rebotar, en dos o tres ramas, y Horenson, que estaba

mirando alarmado hacia arriba, respingó al oírlo.

—¡Sjaver! —llamó.

Por encima de él oyó un rumor, mucho más fuerte… El cuerpo de Sjaver apareció, y cayó muy cerca del rifle. Horenson quedó demudado y como paralizado un instante. De pronto, comenzó a gritar:

—¡Está aquí, ha llegado! ¡Sjaver ha m…!

¡Fsss…, toc!

Horenson lanzó un chillido brevísimo, y saltó de lado, con una flecha clavada bajo su oreja izquierda, muerto instantáneamente, con el grito en los labios.

En el jardín resonaron algunas voces excitadas, y las luces del tejado se encendieron, inundando de luz el nevado jardín, por el que, durante un segundo quizá, pasó veloz como una flecha más una forma blanca. Blanca como la misma nieve que relucía a la luz.

—¡Por allí! ¡Va por el lado de Horenson y Sj…!

¡Fsss…, toc!

El hombre que estaba gritando terminó con un chillido, al ser clavado al tronco del abeto por la flecha que se hundió en su garganta y la atravesó.

El inicio de los disparos partió de lo alto de aquel abeto. Comenzaron a oírse los apagados chasquidos… y a verse, por entre las ramas del abeto, los fogonazos de color anaranjado. Donde un instante antes había estado la forma blanca como la nieve, ésta comenzó a saltar en pequeños surtidores centelleantes, pulverizada. Desde el abeto, por entre las ramas, el hombre que estaba disparando comenzó a perder el control de los nervios al ver cómo, a cada disparo suyo, la figura blanca desaparecía del lugar adonde iba destinada la bala…

—¡Va hacia la casa! —aulló.

Desde una ventana, ahora abierta, Stanton también vio la forma blanca, corriendo hacia allí. Tan tan blanca era, que se confundía con la nieve, y, con el exceso de luz, Stanton no sabía ya si realmente era un cuerpo que se movía o reflejos de la misma nieve. Pero, alzó el rifle, apuntó un instante, y disparó…

La figura blanca se precipitó sobre la nieve, pasando a formar auténtica parte de ésta.

—¡Le he dado! —gritó Stanton—. ¡Le…!

¡Fsss…, toc!

Stanton saltó hacia atrás, lanzando un berrido. Cayó de espaldas, se puso en pie…, y Phileas Maxwells, que se protegía tras el sofá, lo vio perfectamente recortado contra la luz del exterior, con la flecha sobresaliendo de su pecho.

—¡Krask! —gritó—. ¡Va a llegar a la casa! ¡Llámalos a todos, que vengan aquí!

Krask apareció en la zona iluminada del salón, gateando hacia Stanton, y se quedó arrodillado junto a él, contemplando la flecha que sobresalía de su pecho, y los desorbitados ojos, la horrible mueca en las facciones del cadáver.

Parecía no oír siquiera a Maxwells, que seguía gritando de tal, modo que no era precisa la intervención de Krask, pues sus voces debían llegar sin duda a todo el jardín…, donde el silencio era absoluto ahora.

—Voy a hacer algo mejor —jadeó Krask; se deslizó hacia donde había dejado la pequeña radio, y abrió el canal—. ¡Jacques!

—¡Sí, dime!

—¿Dónde estáis ahora?

—En el coche. Hemos atrapado a la chica, porque…

—¡Eso es lo que iba a pediros! Samurái ha llegado aquí, nos está venciendo… ¡Traed a la chica y utilizadla como cebo! ¡Podéis obligarla a…!

—¡Déjame a mí! ¡Sé lo que tengo que hacer! Llegaremos en menos de un minuto…

La comunicación quedó cortada.

Y de nuevo quedó latiendo aquel silencio denso, total…

—Krask —llamó Maxwells.

—¡Cállese! Samurái puede aparecer por cualquier parte, ya se lo dije.

Silencio.

Y, en efecto, apenas un minuto más tarde, en aquel silencio se oyó perfectamente la llegada de un coche, que se detuvo fuera de los límites del jardín.

—Ésos deben ser ellos —llegó de alguna parte, muy tensa, la voz de Regan—. ¿Crees que a ese hombre puede importarle algo la muchacha, Krask?

—Algo debe importarle, si ha estado viajando con ella, viviendo

con ella casi dos días en París.

—¡Krask! —Llegó la lejana voz de Jacques—. ¡Ahí va la chica!

—¡A las ventanas, Regan! —ordenó Krask.

Ocuparon una cada uno. Y a los pocos segundos, vieron, aparecer a Claudine Duvalier. Incluso Krask respingó, impresionado, al ver en qué condiciones llegaba: prácticamente desnuda, sólo con las dos prendas íntimas. La muchacha corría hacia la casa, al aire sus rubios cabellos, visibles sus grandiosos ojos, muy abiertos… Por detrás, se oyó la voz de Jacques:

—¡Samurái! ¡Déjese ver, o vamos a matar a su amiga! ¡Colóquese junto a ella, o la vamos a matar!

La muchacha se detuvo, cayendo de rodillas sobre la nieve, alzando la cabeza. Desde la ventana, Krask vio perfectamente su desencajado rostro.

—¡Samurái, no vengas! —gritó—. ¡No salgas, no…!

Plop, disparó Krask.

La bala se hundió en la nieve, delante de las rodillas de Claudine Duvalier, que enmudeció, sobresaltada.

—¡Samurái! —vociferó Krask—. ¡Tiene cinco segundos para aparecer junto a la muchacha, o la vamos a acribillar! ¡Cinco segundos!

—¡No! —gritó ella—. ¡No, no, Samurái, no…!

Plop, disparó de nuevo Krask. Y esta vez, la bala no se hundió en la nieve. Acertó a Claudine en el costado izquierdo, derribándola de lado tras un breve giro… Y ya no se oyó la voz de Claudine Duvalier.

—¡Cinco segundos, Samurái! ¡Si no va junto a ella, la acribillaremos! ¡Todavía somos los sufi…!

Las luces del tejado se apagaron. Todas. A la vez. Krask lanzó un respingo, y se apartó de la ventana de un salto, quedando sentado.

—¡Las luces! —chilló Maxwells.

De nuevo la oscuridad. Una oscuridad mucho más notable por cuanto hasta entonces los ojos se habían acostumbrado a la potente luz de los focos.

—Está arriba —jadeó Krask—. ¡Está en el tejado, ha cortado los hilos de la instalación que habíamos preparado!

—¡Matad a la mujer! —chillaba Maxwells—. ¡Matadla, matadla, matadla…!

—¿Cómo quiere que la matemos, si no podemos verla? —gritó Krask—. ¡Maldita sea, cállese de una vez! Regan, si está en el tejado puede entrar en la casa por la portilla del desván… ¡Ve a cubrir esa entrada, pronto!

—¡Tu padre! —exclamó Regan—. ¡Yo no me muevo de aquí!

—¡Te digo que subas!

—¡Y yo te digo que suba tu padre!

—Maldito cobarde… ¡Luego hablaremos tú y yo!

Krask se puso en pie, y caminó hacia la puerta del salón… Chocó contra el marco, y así, Maxwells y Regan supieron por dónde andaba. Luego, todavía oyeron sus pasos, por el vestíbulo.

Y en el vestíbulo, Krask llegó al pie de la escalinata que ascendía al piso donde estaban los dormitorios. Puso la mano izquierda en la barandilla, y emprendió la subida, pisando cuidadosamente… Le pareció oír un ruido, y se detuvo en seco. Pero no… No, no había oído nada, eran sus propios oídos los que…

Había alzado un pie para continuar subiendo cuando de nuevo quedó como paralizado, al ver aparecer aquella mancha blanca en lo alto de la escalera, en el pasillo. Apareció de pronto, y era tan blanca que por fuerza tenía que destacar en la oscuridad. A pesar del súbito terror que experimentó, un pensamiento inteligente cruzó por la mente de Krask: él veía a Samurái, pero Samurái no podía verle a él, que llevaba ropas oscuras, y que… Todo esto, lo pensó mientras alzaba la mano derecha, apuntando la pistola hacia arriba. Su dedo estaba ya a punto de apretar el gatillo.

¡Fsss…, toc!

Krask notó el golpe en el pecho, y en seguida su cabeza pareció describir un millón de vueltas, mientras, sin saberlo, saltaba hacia atrás, soltando la pistola, gritando… Cuando chocó contra el suelo, ya estaba muerto.

—¡Krask! —Llegó la destemplada voz de Maxwells—. ¡Krask!

La forma blanca descendió la escalinata, y se deslizó por el piso, se desplazó como sobre ruedas, sin que se produjera el menor sonido, el menor roce. Llegó a un lado de la puerta del salón.

Entonces, muy sosegada, se oyó la voz de Samurái:

—Krask ha muerto, señor Maxwells. Ya le llegó su hora.

Dentro del salón se oyeron dos exclamaciones. En seguida, la voz de Regan, aullando:

—¡Está en la casa, ha entrado, venid todos a…! ¡Aaaggg!

La forma blanca había aparecido en la puerta del salón, y el arco se distendió de nuevo, con gran velocidad. Esta vez no se oyó el silbido de la flecha, porque quedó ahogado por los gritos de Regan.

Unos gritos imprudentes, que revelaban con toda exactitud su posición. Y con el último grito, del cuerpo de Regan escapó su propia vida, al recibir el flechazo en plena garganta.

Para entonces, la forma blanca había desaparecido de la puerta, y el aterrado Maxwells no había tenido tiempo siquiera de apuntar su pistola hacia allí. Y mientras, por fin, con temblorosa mano, disparaba hacia la puerta, la sombra blanca emprendía de nuevo la ascensión, hacia el piso de los dormitorios. Llegó allí, subió al desván, y por la portilla, apareció de nuevo en el tejado. Resbaló por la pendiente hasta llegar al borde, y allá se detuvo en seco, como súbitamente clavado.

Abajo, dos hombres corrían hacia la casa, empuñando sus rifles. Dos hombres que destacaban perfectamente en la nieve, pues sus chaquetones no eran blancos… Arriba, Samurái colocó otra flecha en la cuerda del arco, y tensó éste, apuntó un instante, y soltó la flecha.

¡Fsss…!

Abajo, uno de los hombres lanzó un alarido, y rodó por la nieve, con la flecha clavada en la frente. El otro, simplemente, dio media vuelta, y echó a correr… alejándose a toda velocidad de la casa, gritando, dejando tras él el rifle automático. Un poco más allá, más hombres aparecieron, se unieron al que huía, y, en bloque, como un grupo de conejos, siguieron huyendo por el jardín. Segundos después se oía el zumbido del motor de un coche, que arrancó con fuerte rugido…

Y segundos más tarde, el total silencio.

Samurái estuvo en el alero del tejado durante un par de minutos por lo menos. Luego, regresó al interior de la casa, por el mismo camino de antes. Bajó al vestíbulo, y se acercó a la puerta del salón.

Metió la mano, tanteó en la pared, y localizó el interruptor. Un instante después, el salón quedaba iluminado.

Phileas Duggan Maxwells estaba acurrucado junto al sofá, con la pistola en la mano, procurando soportar el intenso resplandor. El sofá había sido arrastrado de modo qué ocultaba la chimenea, y,

por tanto, la iluminación que hubiesen podido proporcionar las llamas.

La mirada de Maxwells quedó fija en la entrada al salón, pero nadie aparecía allí. Y, sin embargo, si había encendido la luz, Samurái tenía que estar allí, y no en otro sitio…

Y estaba.

Apareció de pronto, en un breve y suave saltó felino, que le colocó un metro dentro del salón.

Al verlo, Maxwells lanzó un grito, y su mano armada se alzó, disparando contra el pecho de Samurái, a pesar del terror que, sentía, de la sobresaltada sorpresa al verlo ataviado de aquel modo…

La bala dio en el pecho de Samurái, pero éste ni siquiera se movió. Sus ojos negros destacaban de un modo espeluznante en su blanco rostro… Todo él era blanco. Completamente blanco. Iba descalzo, y llevaba unos pantalones ajustados a las piernas, de color blanco. En el torso, un jersey también blanco. Y por encima de esto, un quimono corto hasta las rodillas, de blancura refulgente… Sus manos, sus pies y su rostro estaban pintados de blanco también, con maquillaje del que utilizan los actores, o los payasos.

Samurái movió la cabeza de blancos cabellos.

—Es inútil, señor Maxwells. Me pasé tres meses preparando esto, estudiando hasta el último detalle, hasta su última posibilidad. Todo lo que usted pueda pensar, ya lo había pensado yo. Ahora, sólo me queda una cosa por hacer: matarle.

Dejó caer el arco, y de la blanca funda que llevaba en el cinto que sujetaba el quimono, sacó el sable, la terrible katana, que movió velozmente en el aire, trazando una figura. Empuñó el mango con las dos manos, separó las piernas adelantando una más que otra, y apuntó con la katana a Maxwells, que estaba petrificado de miedo. El sable se movió arriba y abajo, como tomando medidas y distancias hacia la cabeza de Maxwells, que lanzó de pronto un alarido, y volvió a disparar.

Pero su mano temblaba tanto que la bala fue a dar nada menos que al techo. Disparó de nuevo, y esta vez la envió no menos de dos metros a la derecha de Samurái, que alzó el sable por encima de su cabeza, con lento y hermoso ademán, perfecto, impecable.

Los ojos de Maxwells estaban ya prácticamente fuera de las

órbitas. Se puso en pie, y echó a correr hacia la ventana…

El extraordinario samurai se movió entonces a una velocidad fuera de toda descripción, deslizándose a su encuentro, con el sable en alto, mientras de su boca brotaba un grito que heló la sangre en las venas a Phileas Maxwells:

—¡Kiaiii…!

Con el último aliento del grito, con el estómago vacío de aire. Samurái descargó el golpe al llegar a converger con Phileas Maxwells.

Un solo golpe, casi horizontal, con tendencia descendente.

Un solo golpe…, y la cabeza de Phileas Maxwells saltó por el aire…, mientras Samurái, siempre como si tuviera ruedas en los pies, pasaba por su lado; como petrificado en el último gesto, la katana a la altura de su cintura, se detuvo un poco más allá. Luego, lentamente, dio la vuelta, y se quedó mirando la cabeza de su enemigo.

Con hábil gesto, regresó la katana a la funda. Y se quedó allí inmóvil, hasta que aquella negra luz de muerte fue apagándose en sus ojos. Entonces suspiró profundamente, y miró hacia la ventana. Saltó por ésta, y caminó por la blanca nieve, sin cuidado alguno, dejando las huellas perfectas de sus pies.

Un instante después, se arrodillaba junto al cuerpo de Claudine Duvalier, y adelantaba una de sus manos blanqueadas, que tocó un hombro de la muchacha.

—Claudine —susurró.

Silencio.

—Claudine…

Silencio.

Silencio prolongado.

Samurái echó el cuerpo hacia atrás, de modo que su región glútea descansó sobré sus pies, que se hundían en la nieve. Puso las manos sobre las rodillas, y quedó inmóvil.

—Lo siento —susurró—. Claudine, lo siento. Estaba convencido hasta el último momento de que me engañabas, de que de un modo u otro, estabas destinada a colaborar en mi muerte. Por eso quise tenerte cerca, para vigilarte y al mismo tiempo impedir que me atacasen por medios indirectos, pues hubiesen podido matarte a ti… Por eso no salté al jardín cuando me lo dijeron… Pero me

equivoqué.

Éste era mi deseo: estar equivocado con respecto a ti… Y ahora que ese deseo se ha cumplido, no puedo decírtelo…, no puedes oírme.

—Oh, sí —tembló la voz de Claudine—. Sí, te estoy oyendo, Samurái. Pe… pero si no me sacas… pronto de aquí… voy a morir de frío…

—¡Claudine!

Los desnudos brazos de la muchacha rodearon el cuello de Samurái, que los notó fríos, helados.

Todo el cuerpo de Claudine Duvalier estaba helado.

Pero ambos sabían que el frío pasaría muy pronto.

Este es el final

Las señoras que estaban en la *boutique* de la rue Saint Honoré volvieron la cabeza al oír abrirse y cerrarse la puerta. Con indiferencia más bien, por simple reflejo.

Y todas se quedaron mirando, atónitas, al hombre que acababa de entrar. Aquel hombre de apenas metro ochenta, cabellos color bronce y ojos negrísimos; a aquel sujeto asombroso, impresionante, que parecía tener, todo él, color de bronce.

—Mon dieu… —suspiró una de las señoras.

La mirada del recién llegado fue un instante hacia ella. Luego, regresó hacia la propietaria, Claudine Duvalier, que junto con su única empleada estaban probando una prenda a una jovencita de bellísimas piernas…, y qué contemplaba estupefacta al hombre. Éste no dijo nada. Simplemente, miró a Claudine.

Ella se acercó a él. Se quedó delante. Parecía que sus ojos estaban unidos por una fuerza magnética.

—¿Has terminado? —susurró—. ¿Has dejado resuelto todo lo de la herencia, has hecho la distribución…? ¿Todo?

—Sí.

Claudine pasó detrás del mostrador, y salió de nuevo con una pequeña maleta. Llegó ante el hombre, y le tendió su mano libre.

—Hace ocho días que la tenía preparada, esperándote.

—No he podido solucionarlo antes, lo siento.

Claudine tiró de la mano de él, y se alzó sobre las puntas de los pies, para alcanzar su dura boca con los sonrosados labios.

—Podemos irnos cuando quieras —susurró.

Él asintió, se hizo cargo de la maleta, y fue hacia la puerta, que abrió. Claudine comenzó a caminar hacia allí…

—Claudine —pudo balbucear su empleada—. ¿Te vas?

—Así es, Monique.

—¿Cuándo volverás?

—Espero que nunca.

—¿Nunca? Pe… pero… ¿qué hago? ¿Cierro la tienda, o…? ¿Qué hago con la *boutique*?

—Te la regalo. Te enviaré los documentos dentro de unos días.

—¡Me la regalas…! ¡Pero eso no es posible!

—Es perfectamente posible y legal. Has sido siempre una empleada eficiente y una amiga agradable, Monique. Te la regalo.

—Pe… pero…, pero… ¿adónde vas?

Claudine Duvalier sonrió. Sonrió de tal modo que las demás mujeres presentes quedaron sobrecogidas; ante aquella felicidad que expresaba la sonrisa. Aquella felicidad, aquella seguridad, aquel amor.

—No lo sé —dijo Claudine—. Pero tampoco me importa. Adiós, Monique. Adiós a todas…

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Claudine y de su… secuestrador, la *boutique* quedó como sumergida en un pozo de silencio. Hasta que la misma dama de antes, tras volver a suspirar, dijo:

—Con un hombre así, a mí tampoco me importaría saber adónde iba…

En el coche, Samurái puso el motor en marcha, y lo apartó de la acera. Volvió la negra mirada hacia Claudine, que iba a su lado, con una dulce sonrisa en los labios.

—¿De verdad no te importa saber adónde te llevo? —susurró.

Ella giró hacia él sus ojos de terciopelo.

—Lo único que me importa, mi amor, es que me espera una agitada, pero feliz vida junto a un hombre llamado Samurái…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…